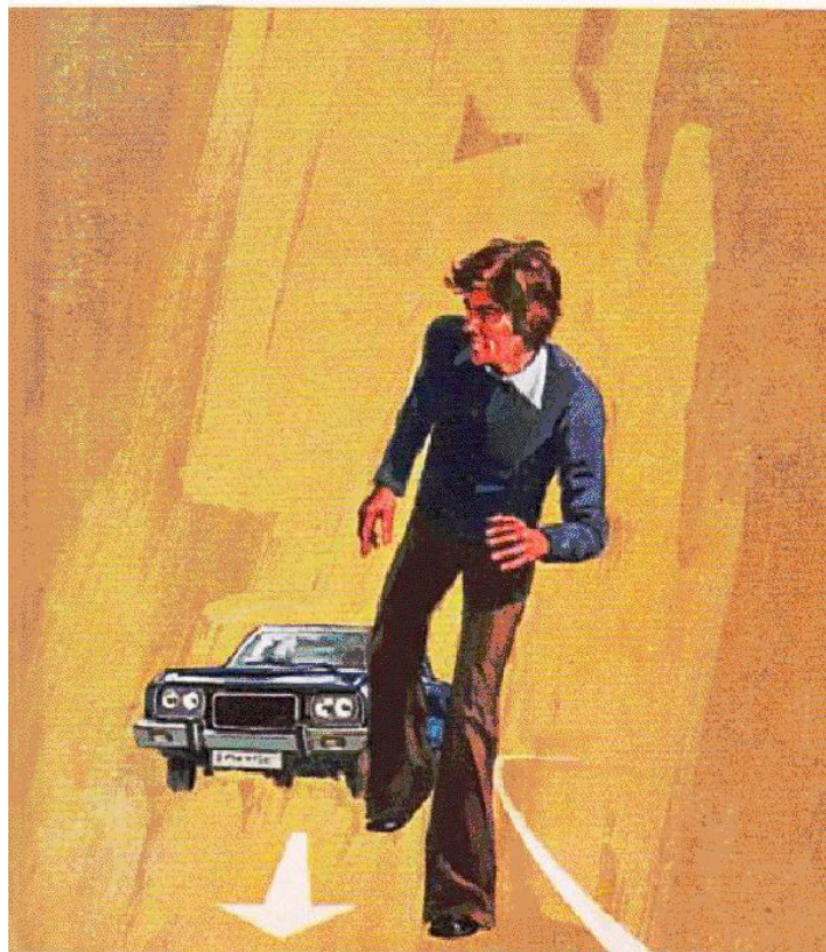


BOULEVARD MALLUE RA
PUNTO
ROJO

Rosanna de madrugada

ray lester



COLECCION

PUNTO ROJO



RAY LESTER

**ROSSANA DE
MADRUGADA**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 736
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 12.554 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: mayo, 1976

© Ray Lester, 1976

texto

© Jorge Smapere, 1976

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1976

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección KANSAS:

777 — Los cadáveres no disparan.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

1.034 — Valle Irlanda.

En Colección COLORADO:

878 — Hembras maliciosas.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

163 — Gata implacable.

En Colección SALVAJE TEXAS:

907 — Los diablos de Coyame.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

214 — La carga de las mujeres apaches.

En Colección PUNTO ROJO:

733 — La ley juega sucio.

En Colección SERVICIO SECRETO:

338 — «Comando terrorista».

CAPÍTULO PRIMERO

Las campanas de todas las iglesias de Roma comenzaron a tañer encima de mi martirizada cabeza. No pudiendo soportar aquel horrísono estruendo, pegué un brinco y quedé sentado en el lecho.

Me quedé contemplando, con expresión idiotizada, el teléfono que repiqueteaba sobre la mesita de noche, y creo que mascullé una maldición contra las personas que tienen el hábito de llamar a horas intempestivas a los honrados ciudadanos que se ganan el pan con el sudor de su frente.

Mi cabeza era un verdadero caos, y tuve la vaga sospecha que se debía al alcohol ingerido la noche anterior. Todo me daba vueltas, y los recuerdos se confundían entre los turbios vapores de la sublime evasión. Lo único concreto que quedaba era el cuerpo sonrosado y turgente de Gina, tendido en indolente postura a mi lado.

El teléfono seguía sonando, y no tuve otra alternativa que alargar el brazo y atrapararlo con brusquedad.

—¿Quién diablos se atreve a perturbar el sueño reconfortante de un decente trabajador?

Al otro lado del hilo se dejó oír una voz harto conocida:

—¿Wayne?

—No, el presidente Leone. ¿Qué número has marcado, maldito Ben?

—El tuyo, Wayne.

—Entonces, tenía que sonar junto a mi cabecera, ¿no?

—Tienes que acudir rápidamente a Fiumicino, Wayne —dijo, con cierta excitación en la voz, Benjamín Roberts—. Nos encontraremos allí, dentro de media hora. ¿De acuerdo?

Benjamín Roberts era el corresponsal del *Post* de Nueva York en Roma, y nos unía una buena amistad. A pesar de eso, le dije, conteniendo a duras penas la contrariedad que sentía:

—Escucha, Ben... Todavía no me han expulsado de Italia,

conchos.

—Se trata de un asunto grave, Wayne.

Consulté el cronómetro, y las manecillas me dijeron que eran las siete de la mañana. Compuse una mueca de hastío infinito, y murmuré al auricular:

—Estuve trabajando toda la noche, Ben. No me vengas fastidiando tan temprano, hombre.

—¿Cómo se llamó el trabajo, esta vez?

—Gina, digo, no... Quise acabar el libro, y me he pasado toda la noche tecleando en la máquina.

—Estás clavado en el primer capítulo, desde hace cuatro meses, Wayne; no me salgas con cuentos chinos.

Sabiendo, a ciencia cierta, que todos mis argumentos serían inútiles para quitármelo de encima, probé:

—¿Te has dado cuenta, por casualidad, de la hora que es, Ben?

—Son las siete y tres minutos, el cielo está despejado, y luce un sol espléndido, Wayne.

—Será donde tú estás. Aquí te prometo que hay tinieblas.

Porque bebes más de la cuenta, muchacho. Vamos, se trata de un asunto verdaderamente importante. Despide a Gina, y reúnete conmigo en Fiumicino.

—¿Qué ha pasado?

—Han secuestrado un avión, Wayne. Al parecer, lo han llevado a cabo los palestinos.

—¿Y eso es importante, conchos? —mascullé—. Por un momento, creí que los marcianos hacían su entrada triunfal por Via Veneto. Mira, Ben... secuestrar un avión es cosa de cada día, en el mundo actual. Ya no llama la atención de los lectores, hombre.

—De acuerdo, Wayne —silabeó al otro lado del cable mi amigo Roberts—. Si los ingleses sois tan flemáticos que no le dais importancia, allá tú. En cuanto a mí, tengo que enviar mi primera crónica, antes de una hora. En caso contrario, mi jefe se subiría por las paredes.

Mis pensamientos fueron a Londres a Tom Hoban concretamente. Era raro que no hubiese llamado dando gritos anticipándose a Ben. A pesar de los vapores que enturbiaban el perfecto funcionamiento de mi cerebro asentí lentamente:

—Está bien, Ben, nos encontraremos allí.

—Dentro de media hora —recordó.

—Entendido.

El chasquido que produjo el teléfono al colgar Ben, me sonó en la cabeza como un cañonazo.

En eso, Gina comenzó a desperezarse y distendió un brazo. Luego, abriendo un ojo, maulló, mimosa:

—Wayne...

—Han tocado diana, Gina —le repliqué, en voz alta—. Tu familia te estará buscando por todos los hospitales de Roma.

Ella abrió los dos ojos, y me contempló, extrañada, con su mirada morena, de pupilas intensamente negras. Luego, se tapó, pudorosa, con la sábana, y preguntó:

—¿Qué hora es?

—Las siete y cuarto.

Gina pegó un brinco y, saltando del lecho, comenzó a vestirse apresuradamente.

Mientras lo hacía, reprochó:

—¿Por qué no me despertaste, Wayne?

—¿Y quién me despertaba a mí?

—Mi familia...

—¿Tu familia? —Respingué.

—Digo, que mi familia me matará.

—Será comprensiva, mujer. Se tragará el cuento que le endoses, sin pestañear.

—Se ve que no la conoces.

Como si la conociera —pensé para mí—. Sin embargo, me abstuve de hacer comentario alguno, viendo como Gina batía el récord mundial de vestirse de una fémina.

Apenas habían transcurrido dos minutos cuando se me aproximó, con el bolso en la diestra y una sonrisa picara en el bonito semblante.

—¿Cuándo nos volveremos a ver, Wayne?

—Te llamaré un día de éstos, preciosa. —¿Recuerdas mi número de teléfono?

Lo tengo anotado en mi agenda, no te preocupes.

—Que sea pronto, querido.

—Descuida.

Ella ladeó la cabeza y, abanicando las pestañas, me envolvió en una cálida mirada.

—Hasta la vista, Wayne.

—Procura mantenerte igual, Gina.

Se levantó sobre la punta de los pies, y depositó un rápido beso en la comisura de mis labios. A continuación, salió disparada, sin darme tiempo a acompañarla.

Al quedar solo, me encaminé al cuarto de baño.

El chorro abundante de agua tibia sobre mi piel fue desentumeciendo mis músculos gradualmente, y acabó por despejarme, al ir quitándole calor y caer fría. Me froté con fuerza el cuerpo, utilizando una gruesa toalla, y en seguida sentí los beneficios. Afeitarme con la rasuradora y tomar un vaso de sales efervescentes me llevó siete minutos. Los efectos de las sales en mi estómago, terminaron en gran parte con la resaca.

Me hallaba a medio vestir, cuando volvió a sonar el teléfono. Dirigiéndome a él refunfuñé:

—Esta mañana, estoy de moda.

Lo descolgué de un manotazo y, aplicándolo a mi oído informé, de mal talante:

—Aquí, Wayne Burton.

Una voz taimada, ligeramente burlona, se dejó escuchar, lejana.

—¿Acaso te he despertado, querido Wayne?

Imprequé una maldición entre dientes porque me había olvidado por completo del redactor-jefe Tom Hoban. A buena hora hubiera descolgado el auricular...

—Ni hablar, Tom —dije, hablando rápido. Y a continuación, mentí como un bellaco—: Acabo de avisar a Ben Roberts del *Post*, y nos reuniremos en Fiumicino dentro de un rato.

—Tú siempre tan considerado con los colegas, ¿eh. Wayne?

—Ben y yo nos informamos mutuamente, cuando ocurre algo importante, jefe. Y la noticia de hoy tiene su miga.

—No me digas.

—Acaban de secuestrar un avión, Tom. Al parecer, se trata de un comando palestino.

—¿Cuándo ha ocurrido, Wayne?

—Hace mía hora aproximadamente, Tom.

—Entonces, ya son dos aviones, Wayne.

No pude reprimir un respingo.

—¿Dos?

—Seguro. Exactamente a las tres y veinte minutos, hora italiana, anunciaron los teletipos el secuestro de un avión, llevado a cabo por cuatro palestinos, en el aeropuerto de Roma.

Maldije en mi interior a Ben. Si sabía la hora, tenía la obligación de informarme, el muy canalla. Seguramente, lo pasó por alto intencionadamente, y me juré devolverle la pelota a la primera ocasión.

La voz de Tom Hoban me sacó de mis pensamientos.

¿Sigues ahí, Wayne?

—Sí, Tom.

—De modo que son dos aviones, ¿no?

—Sólo se trata de uno, Tom. Antes he querido decir que vamos a Fiumicino por segunda vez. ¿Imaginas que se me pueda escapar a mí una noticia como ésa?

—Me lo estaba preguntando, Wayne.

—Pues deja ya de meditarlo, Tom. Lo que ocurre es que todo sigue igual que en los primeros momentos, y por eso no te llamé. Enviaré mi primera crónica antes de una hora.

Después de un breve silencio, me dijo Tom Hoban:

—Eso espero, por tu bien, Wayne.

—Descuida, Tom. Y oye... el envío de fondos se retrasa.

—Los chicos de caja son unos despistados, Wayne —se burló, en mis narices, el muy truhán—. No hay derecho que sean así, con un periodista tan profesional como tú, chico.

—Escucha, Tom...

—Tengo que cortar, Wayne —me interrumpió—. Ya sabes que el presupuesto no da para tonterías.

Y colgó, el sinvergüenza.

Terminé de vestirme a toda prisa, y salí pitando en dirección a la calle, trotando escaleras abajo. Por norma, encerraba mí «Fiat 124 Sport» en un *parking* cercano, pero la noche anterior me resultó imposible encontrar su ubicación.

Se hallaba estacionado junto al bordillo, con un papel rectangular sujeto por el limpiaparabrisas.

Lo hice una bola, arrojándolo al suelo, furioso, y lo pisoteé hasta aplastarlo. Era la cuarta multa en lo que iba de mes, y tan sólo

estábamos a catorce.

Como era lógico, los semáforos se encargaron de entorpecer mi rápida marcha. El último de ellos, situado ya en los accesos al aeropuerto, no tardó en ponerse en verde.

Sin embargo, el coche plantado delante de mí, no arrancó.

Me puse a tocar, frenético, el claxon, y advertí, extrañado, que el fulano hacía lo mismo que yo.

No obstante, él no tenía a nadie delante.

Maldiciendo contra los novatos que obtienen el carnet de conducir sin tener noción de ello, abandoné mi coche, llegándome hasta el otro. El conductor tenía la cabeza apoyada en el volante y, con la frente, hacía sonar el claxon.

Metí la mano por la ventanilla y, atrapándolo por el hombro, lo zarandeé, increpando:

—¿Piensas arrancar, o no, Bello Durmiente?

Quedó patente que no pensaba hacerlo, puesto que se desplomó de costado, completamente inerte.

Estaba muerto, sin lugar a dudas.

CAPÍTULO II

El comisario Paolo Gobetti me indicó una silla, situada delante de su mesa, en silencio. Me tendió un paquete de cigarrillos, y moví la cabeza en sentido negativo. El tipo encogió los hombros y, poniéndose un cigarrillo en los labios lo encendió.

Tras exhalar una bocanada de humo, dijo:

—El agente Pascale me ha informado que es usted un periodista británico.

—Le ha dicho la verdad.

—Mis hombres no mienten nunca. ¿Tiene inconveniente en mostrarme su pasaporte?

Extraje el documento, se lo di por encima de la mesa. Gobetti se había sentado al otro lado de ella, y lo cogió, examinándolo atentamente, antes de devolvérmelo.

—Está en regla.

Compuse una mueca sarcástica.

—¿Qué esperaba, comisario?

—Nunca espero nada, señor Burton —me dijo el italiano, muy serio—. Me limito a observar, incansable, y siempre espero un fallo en las personas a las que interrogo.

—No me diga que le da resultado el sistema, comisario.

—Le ruego que deje las clásicas ironías inglesas, señor Burton. Esto es Italia.

—Ya lo había advertido, comisario —dije, resignado—. No obstante, le doy las gracias por habérmelo recordado. ¿Puedo irme ya al aeropuerto a cumplir mi obligación?

En lugar de responder, me miró fijo a los ojos, y dijo:

—Ha muerto un hombre, señor Burton.

—Dígamelo a mí —resollé—. Poco más, y se me cae en los brazos el cadáver.

—El forense ha dictaminado infarto de miocardio.

Yo forcé una sonrisa.

—En ese caso, todos estamos libres de polvo y paja, ¿no? La única culpable es la agitación en que vivimos, y a ésa no se la puede meter entre rejas.

El comisario Gobetti siguió impertérrito.

—Tengo entendido que usted lo zarandeó.

—¡Vaya, hombre! —exclamé, fastidiado—. No me vaya a decir ahora que a un fulano le falla el corazón porque lo muevan un poco, comisario. Estaríamos buenos...

—Tranquilo, señor Burton —me atajó el policía, con un ademán—. Nadie piensa acusarlo.

Aquello era el colmo.

Fortuitamente, por pura chiripa, me encuentro con que a un individuo le da un infarto, cuando conduce su coche. La policía me retiene, y me interroga por el simple hecho de hallarme detrás de su coche, cuando le sobrevino la muerte. Y encima, les tengo que dar las gracias por no formular acusación contra mi persona.

Fingiendo una profunda sorpresa, inquirí:

—¿De verdad que no me acusarán?

Gobetti atirantó los músculos del rostro.

—Le he advertido que deje las ironías, señor Burton. La muerte es cosa muy seria.

Procurando dominar mis nervios, inspiré aire con fuerza.

—Escuche, comisario... En estos momentos, debería estar en el aeropuerto, cumpliendo con mi cometido de informar al público inglés de lo que sucede en Fiumicino. Le mego que, si no tiene nada contra mí, me deje marchar de aquí.

El tipo da unas cabezadas afirmativas.

—Sólo lo retendré unos minutos, señor Burton.

—Espero que mi jefe lo comprenda, comisario. ¿Qué más desea saber de mí?

El comisario Paolo Gobetti cruzó las manos encima de la mesa, y me lanzó una larga mirada escrutadora. Al parecer, se disponía a poner en práctica su táctica de sorprender a su antagonista. Después de un silencio, inquirió bruscamente:

—¿Le dice algo el nombre de Elio Comencini?

Yo respondí, sin titubear:

—Es un nombre de origen italiano, ¿no?

El policía arrugó el ceño.

—¿Otra vez se me hace el chistoso?

—¿Por qué no dejamos el juego, comisario? —pregunté a mi vez, empezando a perder la paciencia—. Si los dos hablamos claro, llegaremos antes a un mutuo entendimiento.

El rostro moreno, de pómulos salientes, de Gobetti se animó visiblemente.

—¿Desea confesar, señor Burton? Si quiere, puedo llamar a su embajada para que acudan y...

—¿Qué conchos está diciendo, hombre? —grité, exasperado—. Oiga..., vamos a no perder la calma, ¿eh?

—Es usted el que se está poniendo nervioso, señor Burton. Y no me gusta que la gente que habla conmigo se ponga así. Por lo general, es prueba inequívoca de su culpabilidad.

Tuve que hacer un esfuerzo tremendo para no alargar los brazos por lo alto de la mesa y retorcerle el cuello como a una gallina. Aquel fulano me estaba poniendo enfermo.

Antes de que pudiese decir nada, agregé:

—De modo que el nombre de Elio Comencini no le dice nada.

—No —suspiré.

—Elio Comencini ha sido uno de los más hábiles contrabandistas de los últimos tiempos, señor Burton.

—¿Y qué?

—Que era el hombre al que usted encontró muerto.

—Al que yo encontré muerto, no, comisario —protesté—. Al que le falló el corazón en plena calle, delante de infinidad de testigos.

—Pero usted fue el primero en aproximarse a él, ¿verdad?

—Por fuerza. Su coche estaba interceptando al mío.

—Bien, bien, luego discutiremos ese punto.

—¿Y por qué no ahora?

—De acuerdo —concedió el maldito comisario—. Por lo general, cuando el automovilista que se encuentra delante nuestro tarda en arrancar, se pone uno a tocar el claxon desesperadamente hasta que acude el guardia más próximo. Usted, sin embargo, descendió de su coche y fue hasta el de Comencini. ¿Por qué?

—No lo sé.

—Pues le conviene saberlo, señor Burton.

De nuevo estaba complicando las cosas, aquel policía italiano.

Odié intensamente su cara alargada y su mirada de halcón al acecho. Todavía no puedo comprender cómo no le sacudí un piñazo en la jeta, y me fui corriendo de allí. Debió de ser por no descender a su mismo nivel de inteligencia.

—Quizá pensé que aquel hombre necesitaba mi ayuda —argumenté por decir algo—. Fue una reacción instintiva la que me hizo bajar del auto. Tenía prisa por llegar al aeropuerto...

—Ya sé lo que va a decirme —me cortó nuevamente Gobetti—. Para informar al público británico de lo que está sucediendo en Roma, en estos momentos.

—Exacto —mascullé, colérico—. Aunque me temo que, después de esto, no pueda seguir haciéndolo. Lo más probable es que Tom Hoban no me crea, y me dé la patada. —¿Quiere decir que ese Tom Hoban lo expulse de su banda?

—Algo así.

—¿Qué papel juega Tom Hoban en el asunto?

Miré, atónito, a Gobetti. Aquello no podía sucederme a mí. Había ido a dar con el policía más estúpido de toda Italia. Antes de que pudiese decir nada, añadió él:

—Diga la verdad, señor Burton.

—Tom Hoban es el jefe de mi periódico en Londres, comisario Gobetti. ¿Puede comprenderlo?

—No soy tonto. Pero en todo esto hay algo raro.

Mi semblante debió palidecer de ira porque no insistió en su indagación. Compadecí a los maleantes que cayeran en manos de aquel tipo. Después de sufrir un tercer grado como el que soportaba yo, eran capaces de confesar su culpabilidad en el asesinato de Kennedy.

Respirando hondo, dije:

—Voy a salir de aquí, quiera o no, comisario. En caso contrario, me obligará a cometer una barbaridad.

Gobetti me miró atentamente a la cara.

—De acuerdo, señor Burton —terminó por acceder, ante mi sorpresa—. Pero le prevengo que no abandone la ciudad de Roma, sin consultarme.

—Aunque no lo entienda, de acuerdo.

Me incorporé, dirigiéndome a la salida, citando escuché que decía, a mis espaldas:

—Puede llevarlo un coche oficial.

—No, gracias —moví la cabeza en sentido negativo, soltando un gruido—. El olor a policía me pone enfermo.

—No debería hablar así, señor Burton. Debe pensar que...

Sus siguientes palabras no pude escucharlas porque ya había traspuesto la salida. La mirada severa de un sargento uniformado me siguió hasta que abandoné el recinto.

En la acera, fui caminando con el empeño de localizar un taxi que circulara libre. Mí «124 *Sport*» se quedó estacionado cerca del lugar donde sufrió el infarto el tal Elio Comencini.

Pensé que Tom Hoban no creería ni una sola palabra de aquello.

Súbitamente, apareció un taxi libre a mi lado.

Le hice una seña y, al detenerse, me introduje en su interior, facilitando la dirección al taxista.

Me acomodé en el asiento posterior y, de pronto, emergió un tipo de cejas corridas por encima del respaldo contiguo al del conductor. Me apuntó con una descomunal pistola, y preguntó en tono gélidamente burlón:

—¿Le importa que vayamos a otra parte, señor?

CAPÍTULO III

Si lo que pretendía el berraco aquel era sobresaltarme, lo consiguió al ciento por ciento. Boqueé, asombrado, mirando el negro orificio que me apuntaba recto al centro del pecho.

—¡Eh, compadre, aparte el chisme! —le pedí, atemorizado—. Que se le puede disparar, hombre.

Cejas Corridas torció la boca en una mueca que quiso ser ácida sonrisa, y advirtió:

—Quietecito, y será mejor para todos.

—Ya me estoy convirtiendo en estatua, pero aparte el trasto, conchos. Dicen que las armas las carga el diablo.

—Ésta la cargué yo.

El conductor enfiló la vía Marulana, dejando a la izquierda la estación Termini, y se dirigió a una zona residencial, compuesta por villas separadas entre sí por altos setos que las aislaban. En el tiempo que llevaba en la ciudad, nunca visité aquella parte.

Sin embargo, una cosa estaba clara en mi mente; si dejaba que el viaje acabara en el destino elegido por aquellos fulanos, la cosa iba a terminar muy mal para mí. Tenía el pálpito de ello. Y lo curioso es que ni siquiera conocía sus intenciones.

Por eso aventuré:

—¿No se habrán equivocado conmigo?

Cejas Corridas movió la cabeza en lenta negativa.

—No se haga el tonto, ¿quiere?

—No, lo dije por si las moscas —levanté los hombros—. A veces, se cometen errores en la vida.

—Usted cometió uno —aseguró el conductor, sin apartar la mirada del asfalto—. ¿Dónde escondió la bolsita de cuero?

—Fruncí el ceño, extrañado.

—¿Qué bolsita?

—Está cometiendo otro error —me dijo, muy convencido, el

conductor—. Disponemos de medios para obligarle a cantar más y mejor que Al Baño.

—Déjalo, Luigi —terció Cejas Corridas—. Cuando se vea delante de don Cesare, acabará manchando los pantalones.

Aquellos fulanos me estaban cayendo gordos. Y mucho más, después de haberme puesto los nervios de punta, el maldito comisario Gobetti. Hablaban algunas palabras en italiano, y otras en inglés catastrófico. Cejas Corridas seguía apuntándome con la pistola. En realidad, no me impresionaba demasiado el arma, aunque no me hacía ninguna gracia que el tipo me estuviese apuntando. Había prestado servicio en la RAF, y me hallaba familiarizado con toda clase de armas. Pero me jeringaba el individuo.

Forcé una risita preguntando:

—¿Conozco a ese don Cesare, compadres?

Cejas Corridas movió la cabeza, soltando una risita burlona, y comentó al chófer:

—¿A ti qué te parece, Romano?

—Me parece que no lo conoce, Luigi —respondió Romano, Cejas Corridas, irónico—. Y me temo que se arrepentirá de conocerlo.

Yo los miré a ambos, siguiéndoles el juego:

—¿Tan fiero es el tal don Cesare?

—Puedo decirte el nombre, y así irás pensando en lo que te conviene, amigo —dijo Romano—. Se trata de don Cesare Moroni.

Me quedé tal como estaba.

—¿Tengo que echarme a temblar?

Romano miró fugazmente a su compañero Luigi, y a continuación chasqueó la lengua.

—Dicen que los ingleses son buenos actores, ¿eh, Luigi?

—Sólo he visto alguna película de Stanley Baker, y me cae bien el tipo, por la forma en que despacha los asuntos. Pero éste me parece muy distinto a Baker, Romano.

Por mi parte, quise seguir indagando:

—Antes, habéis hablado de una bolsita de cuero, ¿no?

Romano me dirigió una mirada triunfal por encima del cañón de la pistola y, sin girarse a su compinche, anunció, jocoso:

—Sabía que se rajaría, tan pronto le mencionara a don Cesare. ¿Dónde pusiste la bolsa del pan duro?

Yo emití un suspiro, representando una farsa.

—De modo que se trata de pan duro... Si paráis en una trapería el coche, os compro unos cuantos kilos.

Romano movió la mano armada a velocidad vertiginosa.

El cañón de la pistola chocó contra mi mandíbula, y vi todas las estrellas del firmamento, sin necesidad de telescopio. A consecuencia del inesperado golpe, y por evitarlo en parte, caí hacia atrás en el asiento. Noté que la sangre comenzaba a manar de la herida, y sentí dolorida toda aquella parte del rostro.

Romano decía, ceñudo:

—Otra broma, y te liquido aquí mismo.

Yo le lancé una mirada centelleante, pálido de ira.

—No vuelvas a hacerlo, Romano —advertí, frío—. Todo aguante tiene su límite.

—Te conviene razonar, antes de llegar ante don Cesare Moroni —aconsejó el chófer Luigi—. Nuestro jefe es pan bendito, por las buenas, pero cuando un hijo de perra intenta tomarle el pelo... ¿Por qué no eres razonable, y confiesas que estabas conchabado con Elio?

Yo sacudí la cabeza, tratando de recuperarme.

—Estáis cometiendo un error, amigos.

—Vamos, hombre, que somos mayores de edad.

—Todo lo que estáis hablando es chino para mí, muchachos.

Romano apretó los maxilares, y levantó un poco la pistola.

—De buena gana lo despachaba aquí mismo, Luigi —dijo, lúgubre—. Este fulano no me gusta nada.

—Aguarda a que lo ordene don Cesare, Romano —cortó, seco, el chófer—. Antes de liquidarlo, nos tiene que dar la serenata.

—Vais listos —farfullé, malhumorado—. Nada os puedo decir, porque nada sé.

—Eso lo dices ahora. Luego, cambiarás de opinión.

—Lo dudo. Repetiré lo mismo hasta la saciedad porque es la pura verdad. Habéis metido el patinazo conmigo, y don Cesare os tirará de las orejas.

Romano me dirigió una mirada homicida.

—Cállate o no podré aguantarme, inglés asqueroso —silabeó—. Te prometo que, cuando don Cesare nos deje meterte mano, las vas a pasar moradas.

Aquel hijo de perra era muy capaz de cumplir su promesa, y pensé que no podía dejar mi destino al capricho del tal don Cesare.

El coche dejó atrás las Termas de Caracalla, y comenzó a remontar la colina en cuyo fondo se podían divisar las villas a las que me referí anteriormente. El lugar se hallaba poco transitado, y el vehículo fue cobrando una buena velocidad, mientras yo le daba vueltas a mi cerebro, viendo la forma de salir del atolladero.

No se me ocurrió ninguna.

Y finalmente, tuve que recurrir a la manida de siempre, que había visto infinidad de veces en las películas de policías y ladrones. Desorbité los ojos, mirando al frente, y grité, horrorizado:

—¡Cuidado con ese camión!

Romano cayó en la trampa, y dudó unas décimas de segundo.

Justo las que yo necesitaba para saltarle encima y atraparle la muñeca armada, con fuerza desesperada.

Comenzamos a luchar por la posesión de la pistola, que el italiano se negaba a soltar, mientras lanzaba una retahíla de maldiciones en su lengua. Yo, por mi parte, tampoco estaba dispuesto a dejarle la muñeca libre, e intenté retorcer sin misericordia.

Luigi, el chófer, también se puso a chillar, acusando de estúpido a Romano, y quiso intervenir sosteniendo el volante con una sola mano, en tanto me sujetó de la camisa con la otra.

Allí no se podía andar uno con chiquitas y, en uno de los escorzos, mi boca quedó cerca del brazo de Luigi. Sin pensarlo dos veces, le mordí a fondo.

Y Luigi aulló, retirando la mano como si se hubiera quemado.

Entretanto, siguió el debate entre Romano y yo, por la posesión de la pistola.

El resultado fue que un disparo atronó el interior del vehículo, y una bala brotó del cañón.

Luigi se irguió, abriendo desmesuradamente los ojos, y quiso protestar airadamente por el alevoso balazo. No pudo más que emitir un gorgojeo ininteligible porque el proyectil le había atravesado limpiamente el cuello.

Su voz quedó ahogada, y escupió una bocanada de sangre.

El coche comenzó a bandear de un lado a otro de la calzada.

Con la respiración entrecortada por el esfuerzo que estaba

realizando, resollé:

—Tú verás lo que... hacemos, Romanito. O nos portamos bien los dos, o nos... pegamos la gran torta con el coche.

El fulano de las orejas corridas se puso a insultarme.

—¡Asqueroso inglés...!

Yo también le respondí:

—¡Apestoso italiano...!

La vida tiene, a veces, sus ironías.

Tan sólo unos días antes, había escrito que los italianos eran unos fulanos formidables. Fue con motivo del ingreso de Inglaterra en el Mercado Común, en una reunión de los embajadores de ambos países, a la que asistí.

Ahora marginé a Romano, por supuesto.

El muy cabestro seguía empeñado en que nos estrelláramos con el coche y, desde luego, estaba a punto de ocurrir. Los bandazos eran cada vez mayores y, de un momento a otro, se saldría de la calzada.

Entonces recordé una frase que me decía con frecuencia el sargento de vuelos en la RAF: «¡Es usted un cabeza dura, Burton!». Decidí probarlo, e incliné bruscamente la testa contra la frente de Romano.

El sargento tenía razón.

El italiano se desmadejó, convirtiéndose en un muñeco de trapo, y cayó sobre el cuerpo de su amigo.

Tuve el tiempo justo de abrir la portezuela y arrojarle al vacío, sin preocuparme de escoger el lugar de aterrizaje.

El coche embistió un débil protector de los que no sirven para nada en las curvas y, partiéndolo en dos, comenzó a descender dando vueltas espectaculares, pendiente abajo. Acabó por detenerse en un pequeño rellano, con las ruedas para arriba.

En cuanto a mí, rodé por el asfalto sin control y sin tener tiempo de contar las vueltas que di. Sólo puedo decir que, al detenerme, estaba magullado, y me dolían todos los huesos.

Pero estaba vivo.

Pude observar que varias personas acudían a lo lejos carretera arriba. Por fortuna, aquel lugar se hallaba solitario, a excepción de aquella gente. Desde luego, que no me detuve a esperarlas, a pesar de los gritos que daban.

Les hice un corte de manga, y corrí a campo través, sintiendo que mil alfileres se clavaban en mis músculos.

Haciendo un esfuerzo exhaustivo, fui ganando terreno, siempre en marcha ascendente. Cinco minutos después, me detuve porque mis pulmones se hallaban a punto de estallar.

Resollando, me apoyé en el tronco de un árbol.

Nadie me había podido seguir y, echando a andar ya más normalmente, empecé a descender por la otra parte de la pequeña colina. Mientras lo hacía, fui recomponiendo mi maltrecha vestimenta, y traté de cortar la hemorragia de la mandíbula.

Por suerte, el golpe de Romano con la pistola no resultó demasiado contundente, gracias a que me tiré hacia atrás amortiguándolo. Con el pañuelo, restañé la sangre que iba remitiendo poco a poco. Encontré una fuente en mi camino, y el pañuelo empapado en el agua fresca acabó por cortarla definitivamente.

Entonces me dediqué a buscar un taxi por aquellos andurriales, sin dejar de caminar ni un instante.

Si volvía a caer en manos del solapado y medio idiota comisario Gobetti, estaba aviado.

Aunque pensándolo bien, Paolo Gobetti era el arcángel san Gabriel, comparado a Luigi y Romano. Al pasar por mi mente el nombre de los dos tipos, quedó grabado en ella el de don Cesare Moroni.

Una persona a la que deseaba tener delante. Teniendo yo empuñado un «bazooka», por descontado.

Al fin, apareció ante mis ojos un taxi libre.

Lo detuve y, antes de entrar, eché una ojeada desconfiada al asiento contiguo al del chófer. El taxista se percató de ello y, mientras me acomodaba, me explicó:

—Es mi desayuno, ¿sabe? Todavía no he tenido tiempo de hincarle el diente. Luego Carmela se me queja de que siempre me lo como frío como el mármol. ¿Adónde le llevo?

—A Fiumicino.

—Es demasiado pronto, amigo —me dijo, chasqueando la lengua el hombre—. No abren hasta las ocho de la noche.

—No me diga. Yo creí que nunca se cerraba el aeropuerto.

—¿Ah, se refiere al aeropuerto? Supuse que se refería al club

nocturno. Vamos volando.

Veinte minutos después, entraba en la sala de prensa de Fiumicino. Reinaba una gran agitación, y me costó trabajo dar con Ben Roberts.

El norteamericano era mi muchachote de veintiocho años, pelirrojo y de cara simpática. Tan pronto me echó la vista encima, dirigió una mirada a su reloj.

—Llegas un poco tarde, Wayne —luego reparó en la herida de mi rostro, y adelantó las manos, cortando mis palabras—. No me lo digas. Gina se lo tomó a mal y te arañó. Te he advertido mil veces que estas italianas...

—No es eso, Ben —le atajé con un ademán.

—No me salgas con el cuento de que te cortaste afeitándote porque está muy gastado, Wayne. Son casi las diez.

—No das una en el clavo, Ben. Necesito ayuda.

El yanqui sacudió la cabeza en negativa.

—Lo siento, pero no puedo servirte de nada, querido colega. Estuve hablando con tu jefe Tom Hoban porque me llamó él. Ha decidido enviarte de corresponsal a la isla de Pascua.

Yo hice caso omiso a todo lo que decía.

—Tengo que encontrar a un tal Cesare Moroni.

Ben boqueó, asombrado.

—¿Cómo dices?

—Que necesito saber a qué se dedica un tipo llamado Cesare Moroni.

Después de unos instantes, silencioso, ladeó la cabeza y me escrutó el semblante.

—¿Y qué me dices del avión secuestrado, Wayne?

Encogí los hombros, indiferente.

—Yo no lo tengo, Ben.

—Muy chistoso. Hoban se va a revolcar de risa, cuando le digas eso en tu crónica.

Exasperado lo aferré del brazo.

—Escucha, Ben... Necesito encontrar a Cesare Moroni con toda urgencia, conchos.

—Ya sé; es el marido de una de tus amiguitas.

—¡Un cuerno, Ben!

—Por lo general, son dos, Wayne.

—¿Quieres dejarte de tonterías, de una vez? —Casi le grité, y algunos compañeros giraron la cabeza, observándonos.

Lo sujeté de un brazo, y me lo llevé a un rincón apartado de la sala de prensa. Allí me puse frente a él, y expliqué:

—Dos tipos han intentado matarme hace un rato, por orden de Cesare Moroni, Ben. Luché con ellos dentro del coche donde me llevaban, y por lo menos uno de ellos está muerto. ¿Quieres creerme ahora, maldita sea?

Benjamín Roberts me miró atentamente, y deduje que debió creerme, a juzgar por el fruncimiento de su entrecejo. Ignoro si lo convenció mi propia expresión, o el énfasis que vibraba en mis palabras. El caso es que inquirió, perplejo:

—¿Estás seguro de que han querido matarte, Wayne?

—¿Cómo no voy a estarlo?

—Y... ¿por qué?

—Eso es lo que tengo que averiguar, antes de que ese Cesare Moroni me envíe a otros dos, Ben. Al parecer, todo está relacionado con un tipo llamado Elio Comencini, que sufrió un infarto cuando circulaba en su coche, delante de mí, esta mañana. También hay por medio una bolsita de cuero, que contiene pan duro...

Ben me puso la mano en la boca, impidiéndome seguir hablando.

—Por favor, Wayne —suplicó—. Vas a volverme loco, hombre. ¿Por qué no empiezas por el principio, y lo cuentas con calma? A lo mejor, te comprendo con un poco de suerte.

—No hay tiempo, ahora, de explicaciones, Ben —le dije, apartándole la mano—. Necesito saber, cuanto antes, todo lo que se relacione a Cesare Moroni. ¿No comprendes que me pueden estar acechando, y acabar conmigo en el momento que menos lo espere? Luego, te pondré al corriente de todo.

Ben estuvo unos instantes en silencio, y a continuación dio una cabezada de conformidad.

—De acuerdo —dijo, pensativo—. Pero yo no puedo informarte de nada que ataña a Cesare Moroni. Ni siquiera escuché hablar de él.

Después de una pequeña pausa, exclamó, de pronto:

—¡Ya lo tengo!

—¿A Moroni?

—A la persona que nos puede poner al corriente de ese fulano. También es periodista, y se llama Rosanna Pizzetti.

—¿Una mujer?

—¡Y qué mujer, chico! Hace un momento, estaba por aquí. — Ben empezó a mirar a su alrededor y, repentinamente, extendió el brazo—. Allí la tenemos.

Estaba señalando a una atractiva morena de ojos grandes y oscuros. Su fachada era espléndida, sin llegar a resultar llamativa. Un sitio para cada cosa y cada cosa en su sitio. ¡Y qué cosas!

CAPÍTULO IV

—Y eso es todo lo que me ha sucedido.

Arrojé la colilla del cigarrillo por la abierta ventanilla del coche, y me giré a mis dos acompañantes, que me habían escuchado sin interrumpirme ni una sola vez.

Nos encontrábamos en el interior del auto de Ben Roberts, estacionado en el aparcamiento exterior del aeropuerto. Donde nadie pudiera reparar en nosotros.

La colega Rosanna Pizzetti compuso una mueca.

—Estás metido en un buen lío, Wayne.

Es hábito hablarnos de tú entre los del mismo oficio, y la chica seguía la costumbre. Ben me la había presentado como a una buena amiga, en la que se podía confiar.

Yo levanté los hombros.

—Me lo supongo.

—¿Quién es ese Cesare Moroni, Rosanna? —Se me adelantó en la pregunta mi amigo—. ¿Un pez gordo?

—En tu tierra, lo llamarías el *gángster* más terrible de la ciudad, Ben —explicó la chica—. Aquí nos limitamos a decir que su nombre hay que pronunciarlo con letras mayúsculas. Es todo un personaje de las finanzas. Nadie puede calcularle el dinero que tiene.

Ben dejó escapar un suspiro, y me dirigió una mirada de pena.

—No te faltarán flores en la tumba, Wayne, te lo prometo.

Yo apreté los maxilares.

—Todavía no me han enterrado, Ben.

—En tu lugar, estaría preocupado de que Moroni se haya fijado en ti, Wayne —sentenció Rosanna.

—¿Y cómo crees que estoy?

—Lo que me intriga es eso de la bolsa de pan duro —comentó Ben, arrojando también su colilla por la ventana—. Si es cierto que Cesare Moroni está podrido de dinero..., ¿a qué viene el inusitado

interés por una bolsa de pan duro?

La muchacha sonrió, enseñando unos dientes blanquísimos.

—Al decir pan duro, se refieren a piedras preciosas, Ben. Brillantes, esmeraldas, diamantes... Puede ser cualquiera de esas cosas.

Rosanna y Ben cambiaron algunas palabras referentes al *argot* del hampa, en las distintas partes del mundo. Yo le iba dando vueltas, en mi mente, a la situación creada en torno mío. Todo parecía ir encajando en su sitio. Más bien poniendo en orden mis propias ideas que dirigiéndome a ellos, dije:

—Al parecer, Elio Comencini llevaba las piedras, cuando tuvo la fatalidad de sufrir el infarto. Como yo tuve la desgracia de ser el primero en acudir a su lado, y permanecí casi un minuto allí hasta que comenzó a llegar gente, Cesare Moroni ha sacado la conclusión de que poseo las piedras. Y si piensa eso, es que no las tiene en su poder. No puede ser de otra forma.

Hubo una pausa, antes de que Ben dijese:

—Si Comencini las llevaba encima en el momento de morir, las debió encontrar la policía.

—Es lógico suponerlo —afirmé—. Pero me extraña que Gobetti no las mencionara para nada.

—También podría llevarlas en alguna parte del vehículo —apuntó Rosanna—. Y hasta es posible que sigan allí, si Moroni no ha ordenado registrar a fondo el auto.

—Seguro que lo han hecho —dijo Ben—. Si las piedras le pertenecen, no habrá perdido el tiempo.

Me pasé la mano por los cabellos, en actitud dubitativa.

—¿Te dice algo el nombre de Elio Comencini, Rosanna?

Ella negó, moviendo la cabeza, y sus largos cabellos oscuros le rozaron los hombros. Los llevaba peinados en lacia melena, y le caían en recta cascada vertical, a ambos lados del rostro.

—Nunca escuché su nombre. No obstante, puedo hacer averiguaciones, si te interesa, Wayne.

—Le quedaría muy agradecido. De esa forma puedo ganar un tiempo que puede ser precioso.

—¿Qué piensas hacer?

—Ponerme en contacto con Cesare Moroni, y mantener una charla con él —dije, sin titubeos—. Procuraré convencerlo de que se

equivoca conmigo.

Rosanna me miró fijamente a los ojos.

—¿No le temes?

Fui sincero al responder:

—¡Claro que le temo! Desde luego, no he pensado en hablar con ese individuo personalmente, ni mucho menos. Estaría loco de remate —hice una pequeña pausa y añadí—: Utilizaré el teléfono.

Ella asintió lentamente.

—No me parece mala idea, aunque es posible que no te pasen con él. Es demasiado importante. Yo, entretanto, me dedicaré a indagar respecto a Elio Comencini. ¿Dónde y a qué hora nos volveremos a ver?

Rosanna era una chica moderna, dinámica. Lo estaba demostrando, en su manera de hablar y de actuar. Me gustó su forma de ser... y todo lo demás, por supuesto.

Íntimamente, le agradecí la colaboración desinteresada que se disponía a prestarme.

O al menos, así lo creí en principio.

—Podemos vernos dentro de un par de horas, en mi apartamento —dije, escribiendo en una hoja mi dirección—. ¿Te parece bien?

No hubo el menor recelo en sus pupilas, al responderme:

—De acuerdo.

En eso intervino Ben Roberts, mirándonos, escéptico.

—Os estáis olvidando del avión secuestrado y de los palestinos, muchachos —recordó, risueño—. Esa gente sigue manteniendo en su poder a los rehenes, y nosotros tenemos un trabajo que cumplir, sin movernos de aquí.

—¿Y a mí qué me importan los palestinos? —farfullé, furioso—. Lo que de verdad me interesa es conservar la integridad.

—Hoban te aplastará, Wayne.

—El que me aplastará será Cesare Moroni, si no se aclaran pronto las cosas. Está convencido de que poseo los pedruscos que debía llevar Comencini, y no parará hasta hacérmelos escupir, o liquidarme.

Rosanna se estaba pasando la mano por la barbilla, en actitud pensativa, y de pronto nos interrumpió, diciendo:

—Tú puedes encargarte de esto, Ben. Sólo tienes que ocuparte

de redactar la crónica por triplicado.

—Como las instancias oficiales, ¿eh?

—Eso es. Luego, Wayne y yo transmitiremos a nuestros periódicos tu misma redacción.

Aunque es muy difícil que las comparen, cambiaremos algo, por si acaso.

Ben la miró, especulativo.

—¿Y qué gano yo con haceros el favor?

—Eres un miserable, Ben —le acusó.

—Deja que hable Rosanna, Wayne. Seguro que se le ha metido algo entre ceja y ceja.

La muchacha afirmó, moviendo la cabeza y a continuación explicó, mirándonos alternativamente:

—Este asunto puede ser más interesante que lo del avión. ¿Os imagináis el reportaje, si logramos desenmascarar a Moroni? Resultaría una bomba, y tendríamos la exclusiva.

Y yo había pensado que ella me ayudaba de forma desinteresada. Sintiendo un escalofrío en la espina dorsal, pensé que ninguna mujer hace nada, sin sacar la consiguiente compensación. Ellas siempre son más egoístas que nosotros.

Roberts estaba asintiendo, y decía:

—A condición de que liquiden a Wayne, ¿no?

—No necesariamente, Ben.

Dirigí una mirada, preñada de rencor, a mi amigo, el yanqui.

—Si vuelves a mencionar mi muerte, te parto la boca, Ben —amenacé, torvo—. Tu humor negro no me hace ninguna gracia, en estos momentos, maldito yanqui.

El rió, provocativo.

—Vamos, vamos, chico; tómallo con calma. Si llega a ocurrirte algo, te pondremos como un héroe, en el reportaje que escribamos Rosanna y yo. Saldrías ganando...

Cerré el puño, furioso, y Rosanna me lo sujetó en el aire.

—Por favor, Wayne —me pidió, suave, clavando los negros ojos en mí—. De todas formas, estás metido en el lío, y no tiene nada de malo que procuremos sacar algo positivo del asunto.

—Pero el que se juega el cuello soy yo, nena.

—Y yo también, desde el momento en que te ayude. Si Cesare Moroni te mantiene vigilado, nos verán juntos y correremos los

mismos riesgos. A mí no me importa. Hace tiempo que ando tras un reportaje sensacional, que me abra las puertas.

Yo permanecí largo rato mirándola.

Y acabé sacudiendo la cabeza en sentido afirmativo.

—Muy bien —dije despacio—. Si tú no te arrugas, siendo mujer, no voy a echarme atrás yo.

—Vale —dijo hablando rápido Rosanna—. Llamaré a Moroni y le harás creer que de verdad tienes las piedras. Hazlo de forma velada...

—¡Ni hablar! —protesté, indignado—. Si hago eso, me envía su ejército de matarifes.

Ben compuso una mueca de hastío.

—¿Cómo quieres sacar el reportaje, chico? ¿Diciéndole a Moroni que se te han ensuciado los calzoncillos porque no tienes los pedruscos? Vamos, Wayne, la idea de Rosanna es buena.

—Para vosotros.

—Hemos quedado en que nos reuniremos en tu apartamento, dentro de un par de horas, Wayne —dijo la chica—. A partir de entonces, no me separaré ni un solo instante de tu lado. Ahora te facilitará Ben su crónica, y la dictas a tu jefe. Luego, llamas a Moroni, desde una cabina pública, y haces lo que te he dicho. Encontrarás su número en la guía.

Dirigí a la dinámica enteradilla una ceñuda ojeada.

—¿Y qué harás tú, guapa?

—Ya te lo he dicho también, Wayne —suspiró, como un profesor que le toma la lección a un alumno tarugo—. Averiguaré todo cuanto me sea posible de Elio Comencini. Es importante saber la clase de trabajo al que se dedicaba, y la posible relación con Cesare Moroni. Si deseamos hacer un buen trabajo, precisaremos toda clase de detalles.

—Dime una cosa, Rosanna.

—¿Qué, Wayne?

—¿Te has nombrado a ti misma capitana del grupo?

Ella dejó escapar un nuevo suspiro.

—Estás en contra de la integración de la mujer, ¿es eso, Wayne?

—Si la integración es directamente conmigo, no me opongo.

—No divaguemos. En el fondo, te fastidia que una mujer te diga lo que debes hacer.

—Un poco, guapa.

—Llámame Rosanna, por favor.

—De acuerdo, Rosanna. La última mujer que me dio órdenes fue mi madre, y tenía yo trece años.

La italiana estuvo unos instantes mirándome al fondo de los ojos.

—No pretendo darte órdenes, Wayne —procuró dejar en claro—. Puedes llevar las riendas del asunto, si te apetece. Lo único que pretendo es una mutua colaboración entre los tres.

—El caso está claro, Wayne —terció Ben Roberts—. No hay jefes ni subordinados. Mi parte es la más aburrida, ya que tengo que permanecer aquí, al pie del cañón.

—Y a buen recaudo, ¿eh, pájaro? —Permanecí unos segundos taciturno, y terminé por acceder—: Por mi parte, de acuerdo. Puedes darme tu crónica, Ben.

Rosanna me preguntó:

—¿Tienes coche, Wayne?

—Como si se le hubiera clavado el motor. Cualquiera es el guapo que se acerca a él, ahora.

—Puedes llevarte el mío —ofreció Ben—. No lo necesitaré, porque esto de los palestinos se alargará lo suyo.

Poco después, nos separamos.

Antes, comuniqué con Londres, desde la sala de prensa, y, tras verme obligado a soportar los improperios de Tom Hoban, le transmití la crónica escrita por Ben.

Luego, me dirigí a la ciudad, conduciendo el auto del yanqui.

Lo primero era ir a mi apartamento y cambiar mi lamentable vestimenta. Mientras Rosanna indagaba sobre Elio Comencini, tenía tiempo de hacerlo y salir de nuevo a la calle para llamar a Moroni.

Al entrar, me llevé una sorpresa.

Lo primero que vieron mis ojos fue unas piernas femeninas que, cruzadas una sobre la otra, quitaban el hipo. Una rubia oxigenada se hallaba sentada en mi diván, y la falda, subida, dejaba al descubierto unos encantos fenomenales.

Lástima que, por lo alto de las bien torneadas piernas, asomara el negro orificio del cañón de una pistola.

CAPÍTULO V

La rubia estaba despampanante.

Poseía un cuerpo esbelto y lleno de curvas. Hasta se le podía perdonar que el cabello fuese teñido.

Me quedé unos instantes indeciso, pero, eso sí; sin apartar la mirada de sus maravillosas piernas, con todo descaro. No pude evitarlo porque es algo instintivo en mí.

Ella, sin cambiar de postura, me preguntó:

—¿No te cansas de mirar, Wayne Burton?

Yo fruncí el ceño, extrañado.

—¿Nos conocernos? —Sin darle tiempo a reaccionar, seguí diciendo—: No me lo digas.

Te ha recomendado alguna de mis amigas.

La rubia levantó un poco el arma que sostenía en la diestra.

—¿No has visto la pistola?

—Si lo que quieres es matarme, te basta con la mirada, nena.

—Eres un bromista, ¿eh, Wayne?

—No lo puedo remediar.

—Mi nombre es Claudia Salvini, y me ha recomendado... —Haciendo un ademán, la interrumpí:

—¿Qué importa quién te haya recomendado? El caso es que estás aquí.

—No se trata de una visita de cumplido.

—Ya me lo supongo.

—Tampoco es lo que piensas —la rubia compuso un mohín, frunciendo los golosos labios, y agregó—: Los ingleses tenéis fama de ser..., ¿cómo diría yo? ¿Demasiado flemáticos para el amor?

—¿Quién te ha engañado, nena?

Ella sonrió y, moviendo la pistola de una forma que no me gustó en absoluto, reprochó:

—Antes, no me dejaste acabar, Wayne.

—Adelante —dije, forzando una sonrisa—. Puedes hablar, rubia.

—Me envía Elio Comencini.

Mis manos se quedaron paralizadas en la hebilla de la correa, y parpadeé varias veces, incrédulo.

—¿Qué nombre has dicho, rubia?

—Lo has escuchado perfectamente, Wayne —dijo ella, endureciendo súbitamente las facciones—. Y ahora, basta de bromas y dime dónde escondes la bolsita.

—Escucha, Claudia, ese tipo no ha podido enviarte —le dije, tratando de ganar tiempo—. Elio sufrió un ataque al corazón, y la espichó, justo delante de mi coche.

Claudia Salvini volvió a sorprenderme, diciendo:

—Todo eso lo conozco. Lo único que me falta saber es el lugar donde tienes la bolsita.

—La del pan duro, ¿eh?

—Eso es.

Me empezaba a poner nervioso que la rubia me apuntara constantemente con la pistola, por muy potable que estuviera (no la pistola, la rubia). Ideé un plan para cambiar los papeles y, lanzando un suspiro profundo, levanté los hombros, displicente.

—Sólo la cogí para tenerla en depósito hasta que apareciese el dueño verdadero.

Claudia sonrió ampliamente.

—Estupendo, Wayne. Ahora ya puedes entregármela, puesto que yo soy la destinataria.

—¿Cómo puedo estar seguro? Te has presentado aquí con una pistola y...

—Lo hice como medida de precaución, Wayne —trató de persuadirme la rubia—. Ignoraba cuál iba a ser tu reacción. Te aseguro que Elio debía entregarme la bolsa a mí.

—Si tú lo dices...

—¿Qué interés iba a tener en engañarte, Wayne? —inquirió, mimosa—. Te prometo que incluso podemos ser buenos amigos.

La muy... cínica. Me preguntaba, con toda desfachatez, por el interés que podía moverla, sabiendo el contenido de la bolsita. Hice un esfuerzo, y di una cabezada de conformidad.

—Está bien, nena, te la daré.

Me dirigí resueltamente a una mesita situada a su derecha, sin

prestarle la menor atención. Ella me observaba con ojos brillantes, sin percatarse de lo que le esperaba. Al llegar a su altura, giré vertiginosamente, y le atrapé la muñeca armada, tirando de ella hacia arriba.

Claudia Salvini emitió un gritito de sorpresa.

Hizo un amago de debatirse, pero, antes de que lo iniciara, ya estaba el arma en mis manos, y la arrojé rápidamente detrás del diván, lejos de su alcance.

La rubia me dedicó un piropo:

—¡Puerco...!

Y acto seguido, se abalanzó, con las uñas por delante, y pésimas intenciones de abierta hostilidad.

Tuve que sujetarla con fuerza, inmovilizándola. Su cuerpo quedó aplastado contra el mío de tal forma, que podía sentir las palpitantes turgencias femeninas, que en otra ocasión me hubieran interesado. Pero era tiempo de guerra, y no de amor.

Finalmente, tuve que arrojarla al diván porque me estaba dando trabajo, y me exponía a un surco en la mejilla.

Sus piernas batieron el aire, pero yo no estaba ya para admiraciones frívolas y, antes de que se rehiciera, salté sobre ella, poniendo todo el peso de mi cuerpo encima del suyo.

Conseguí mantenerla inmóvil.

—Ahora, vamos a charlar con calma, rubia —jadeé, manteniéndola en aquella postura.

Sus ojos despedían chispas, clavados en mí. Nuestras bocas casi llegaban a rozarse.

—¡Suéltame, maldito...! —murmuró entrecortadamente Claudia—. Me haces daño.

—¿Prometes portarte como una buena chica? Ella movió la cabeza levemente, en sentido afirmativo. —De acuerdo— accedí.

Salté, dejándola tendida en el diván, y lo hice apartándome con rapidez, en previsión de un nuevo ataque. Sin embargo, Claudia empezó a incorporarse lentamente, sin intenciones agresivas. Quedó sentada, y levantó la cabeza hacia mí.

—¿Por qué lo has hecho, Wayne?

—Me estaba poniendo enfermo la pistola en tu mano, preciosa. Con las mujeres, prefiero hacer el amor a la guerra. Siempre que no me obliguen, claro.

Ella titubeó unos instantes.

—Podemos repartir las esmeraldas, Wayne —propuso, de repente—. A ti no te sirven de mucho, careciendo de comprador. Yo, en cambio, las tengo ya vendidas.

Estuve a punto de respingar, pero me contuve a tiempo. Me pasé la mano por el mentón, simulando sopesar la inesperada proposición de Claudia, y acabé indagando:

—Estabais de acuerdo Elio y tú, ¿verdad?

—¿Qué importa eso ahora? Elio ha muerto, y sólo quedamos nosotros, Wayne. Es una fortuna lo que valen esas piedras, y hay suficiente para los dos.

Me mantuve silencioso unos instantes, dándole la impresión de que meditaba profundamente el asunto. No obstante, no me daba por vencido, y quise saber más de todo aquello. Sabiendo que corría el riesgo de cometer un error, apunté:

—Te olvidas de Moroni, rubia. Las esmeraldas le pertenecen a él, y nos será difícil escapar de sus garras.

—Escucha, Wayne —dijo la mujer, levantándose, vehemente—. Elio y yo lo teníamos bien planeado para huir sin peligro. Podemos utilizar el mismo plan, tú y yo. De acuerdo; las esmeraldas venían destinadas a Cesare Morini desde Brasil, ¿y qué? Ahora están en nuestro poder, y no vamos a ser tan tontos de llevárselas. Durante años, Moroni estuvo explotándonos a Elio y a mí, por una miseria. Nos llevó tiempo plantear esto, y siento que él no pueda disfrutar de la venganza, pero el cerdo de Moroni merece cuanto se le haga.

—Lo odias mucho, ¿eh?

Claudia se aproximó más a mí, y abanicó las pestañas, mirándome sugestivamente.

—Tanto como puedo llegar a quererte a ti, Wayne. Piénsalo. Puedes tener una fortuna, y... también a mí. Sólo tenemos que escapar, con las esmeraldas, a Holanda.

—Supón que en realidad no tengo las piedras, Claudia.

Ella ladeó la cabeza, arrugando la nariz.

—No seas idiota, cariño —acabó, sonriendo—. Sin un buen comprador, perderías más del cincuenta por ciento de su valor real. Te conviene pactar conmigo.

Y se me fue acercando despacio hasta que pude sentirla contra mi pecho. La muy lagarta se sabía su *papel*. Levantó la cabeza, y

pesó la boca en mis labios, contoneándose.

—¿Crees que no valgo la pena, Wayne? —preguntó, componiendo un mohín de gata mimosa—. Al principio, pude leer lo que te inspiraba, mi amor.

Aquella muñeca me estaba poniendo nervioso.

Tuve que hacer un gran esfuerzo para sujetarla por los hombros, y rechazarla sin brusquedad.

—No tengo los pedruscos, Claudia —dije, mirándola a los ojos—. Y de veras que lo siento.

Ella apretó los labios.

—Los quieres sólo para ti, ¿eh?

—No es...

En eso se abrió la puerta del apartamento violentamente, y penetró un fulano, a paso de carga. Llevaba en la mano una pistola para no variar, pero con un largo silenciador acoplado al cañón.

Nos miró un momento y, acto seguido, levantó el arma, apretando el gatillo sin el menor aviso.

CAPÍTULO VI

Sonaron dos «plof» apagados.

Me quedé de muestra, sin poder ni siquiera pestañear, convertido en una estatua de mármol. Y mi asombro creció al comprobar que ninguna de las balas fueron para mí. Ambas iban dirigidas a la rubia y exuberante Claudia Salvini, que salió impulsada con fuerza hacia atrás.

Su cuerpo escultural tropezó en el diván y volteó por encima de él, cayendo al otro lado, convertida en un guiñapo. Se quedó muy quieta, mientras bajo su cuerpo empezaba a formarse un charco de sangre, que se agrandaba por momentos.

Resultó una pena contemplar a la muñeca destrozada. Lo que segundos antes fue un ser palpitante de vida, se había trocado en trapo y serrín, en grotesco desmadejamiento.

Apreté los puños, lívido de rabia, y miré al fulano que ahora dirigió el arma hacia mí.

Silabeé, conteniéndome a duras penas:

—Eso estuvo muy feo, tú.

El individuo, de rostro brutal, y ojos saltones, hizo una mueca sardónica.

—Si quieres hacerle compañía, sólo tienes que hacer un falso movimiento, inglés.

—Moroni no se anda por las ramas, ¿eh?

—Esta perra tiene lo que andaba buscando, inglés. Nadie puede traicionar a Cesare Moroni y seguir con vida.

Apreté los maxilares, sintiendo que la sangre se agolpaba, tumultuosa, en mis sienes.

—Juro que esto lo pagarás, canalla.

—Déjate de monsergas, inglés —dijo el tipo, moviendo significativamente la pistola—. Te vienes conmigo a ver a mi jefe. Y si piensas que vas a sorprenderme como a Luigi y Romano,

quítatelo de la cabeza. Al menor indicio, te dejo cojo para toda la vida. No puedes figurarte lo que duele un balazo en la rodilla.

Yo no respondí.

Miré por última vez a Claudia y, agachando la cabeza, me encaminé a la salida.

Entonces dijo el sujeto:

—Un momento, inglés.

Me detuve, sin girarme siquiera a mirarlo. El emitió una suave risita, diciendo:

—Si escondes la bolsita aquí, será mejor que la recojas. Así nos evitaremos tener que volver a buscarla.

—No la tengo.

El asesino se me fue acercando lentamente. Lo podía notar por sus pasos y por su respiración sibilante.

—Eres un machote, ¿no?

—No me podéis sacar lo que no tenga.

—¿Qué te juegas?

De pronto, sentí un fuerte golpe en la nuca, y todo giró a mi alrededor. El suelo subió, veloz, a mi encuentro, y mi cabeza golpeó contra él. Tardé un buen rato en darme cuenta de que me hallaba tendido de bruces, semiinconsciente.

El hombre de Moroni decía, burlón:

—Para ser un macho, tienes poco aguante, inglés.

Apoyé las manos planas en el suelo, y me fui incorporando lentamente, con bastante dificultad. Ya en pie, tuve que hacer un esfuerzo por mantenerme derecho. Me palpé con mimo el huevo de paloma que había surgido en mi cráneo.

—¿Vas a decirme ahora si tienes aquí la bolsa, inglés? —preguntó el asesino—. Puedo ser infinitamente más bestia, si me lo propongo.

Intenté componer una mueca.

—No lo dudo, criminal.

—Vamos, inglés, me estás haciendo perder la paciencia. ¿Qué me dices de la bolsa?

—No la tengo.

El tipo abrió la zurda, haciendo un gesto.

—Entendido; no la guardas aquí. Ahora vas a decirme dónde la escondes, y nos iremos.

—No la escondí en ninguna parte, *macarroni*. No he llegado a ver esa maldita bolsa.

El asesino posó en mi rostro los ojos saltones, y permaneció mirándome escrutadoramente largos segundos. Luego, encogió los hombros, en ademán displicente.

—Cuando te veas delante del señor Moroni, vas a lamentar haber nacido —advirtió en tono helado—. Puedo asegurarte que hablarás largo y tendido del asunto.

Yo me limité a mantenerme silencioso.

El movió el arma.

—Ahora, vamos a salir a la calle. Procurarás portarte bien porque en todo momento tendré la pistola empuñada en el bolsillo. Recuerda que, al primer movimiento sospechoso, te ocurrirá lo mismo que a la traidora rubia.

Con un ademán, me indicó la salida, y caminé en dirección a ella, seguido de cerca por él. Me juré que no desaprovecharía una ocasión, si ésta llegaba a producirse.

Y fue, entonces, cuando un estampido crepitó en la estancia.

Me giré como un rayo, a tiempo de ver al asesino erguirse, con los ojos más saltones que nunca, debido a la inmensa sorpresa. Tenía un enorme boquete en el pecho, que manaba sangre como un surtidor. Con los dientes apretados, intentaba volverse.

Sin pensarlo ni una décima de segundo, le metí la derecha en el cuello salvajemente.

Se desplomó como un fardo.

Desorbité los ojos, lleno de estupor.

Por un lado del diván asomaba el busto de Claudia Salvini totalmente ensangrentado. Sostenía su propia pistola, todavía humeante en la mano, apoyado el codo en el suelo. Su rostro estaba del color de la cera y, dirigiendo los ojos a mí, quiso decir algo.

No pudo.

Su cuerpo se estremeció, y cayó de lado, quedando inmóvil. Estaba muerta, sin lugar a dudas. Sus últimas fuerzas las gastó en vengarse del asesino a sueldo de Moroni.

Sacudí la cabeza porque todo aquello parecía irreal, como una pesadilla horrible.

De pronto, empezaron a sonar fuertes golpes en la puerta del apartamento. También sonaban voces alteradas y mi mente se puso

a funcionar a ritmo vertiginoso.

Si la policía me atrapaba, estaba perdido.

Hice lo primero que se me vino al cerebro.

Abrí la puerta, de golpe y, haciendo muchos aspavientos, grité al grupo de personas que se congregaban en el rellano:

¡Hay dos personas heridas! ¡Por favor, cuiden de ellas, mientras aviso a una ambulancia!

Todos penetraron a la carrera en el apartamento, sin que nadie pensara que podía llamar a la ambulancia, utilizando mi propio teléfono. Eran momentos de gran confusión.

Descendí la escalera, a toda velocidad.

Ya en la calle, miré a un lado y otro, como un animal enloquecido, sin saber la dirección a seguir.

Pero la suerte me acompañó.

El coche conducido por Rosanna Pizzetti se detuvo al bordillo, y la muchacha debió comprender que algo grave ocurría, a juzgar por la expresión de mi rostro. Me hizo vehementes señas para que subiese a él.

Me introduje en el vehículo, como una exhalación.

—¡Vámonos a cien por hora de aquí, Rosanna! —solicité, francamente asustado.

Ella no me obedeció al pie de la letra, pero arrancó, alejándose. Ya llevábamos un trecho recorrido, cuando se giró, mirándome con el ceño arrugado.

—¿Qué ha sucedido, Wayne?

—Conque podremos escribir el reportaje del siglo, ¿eh? —comenté, sarcástico—. ¿No se te ha ocurrido la idea de cargar la pluma con sangre, nena? Yo he tenido ocasión de hacerlo.

—Vamos, Wayne —me pidió la chica, serenamente—. Procura calmarte, hombre.

—¿Calmarme, con la gente de Moroni suelta por ahí, largando plomo a granel?

—¿Te esperaban en tu apartamento?

—La que me esperaba era una rubia despanpanante.

—¿Claudia Salvini?

Yo me giré, contemplando sorprendido el perfil de Rosanna.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo he supuesto, Wayne —respondió, tranquila, la periodista

italiana—. ¿No te sorprende que haya venido tan pronto? Resollé, dejando escapar un profundo suspiro.

—Después de lo que está ocurriendo, ya no me sorprende de nada, encanto. Ni aunque en estos momentos viera a mi bisabuelo, sentado en calzoncillos encima del *capot*.

Ella rió alegremente.

—Te ríes, ¿eh? —masculló.

—Por fuerza, Wayne. Tenías que haberte visto en un espejo, cuando estabas en la acera.

—Sólo podía parecer lo que era, colega de mis entretelas —dije, procurando dominarme—. Un tipo con el miedo en el cuerpo.

Hubo un silencio, y lo rompí yo inquiriendo:

—De acuerdo, te haré la pregunta que esperas. ¿Cómo has venido tan rápida a verme?

Quedamos en dos horas.

Rosanna sonrió, enigmática.

—Tengo buenas noticias de Elio Comencini, Wayne.

CAPÍTULO VII

Rosanna curaba cuidadosamente el huevo de paloma surgido en mi nuca, mientras yo le iba relatando lo sucedido en mi apartamento, intercalando un quejido de tanto en tanto.

A petición de la chica, nos encontrábamos refugiados en el coquetón apartamento de ella, ubicado en una de las zonas modernas de Roma. Aseguró que en ningún sitio como allí estaríamos a resguardo de la gente de Cesare Moroni.

La terminación del relato coincidió con el final de la cura. Rosanna comenzó a recoger el algodón y el desinfectante, murmurando:

—¡Pobre Claudia!

—¿La conocías?

—Sólo de vista. Era una asidua viajera de los vuelos transoceánicos. Creo que visitaba Brasil con frecuencia.

—Comisionada por Moroni, sin duda.

—Es posible. ¿Pudiste hablar con él, Wayne?

—No tuve tiempo, nena.

—Puedes llamarlo, desde aquí mismo —sugirió la muchacha—. Después de todo, es imposible que Moroni pueda localizar la llamada.

Arrugué el ceño, mirándola.

—¿Ahora?

—No —se apresuró a denegar Rosanna—. En primer lugar, deberías tomar una ducha y cambiarte de ropa, mientras yo preparo algo de comida. Va siendo hora de almorzar.

¿Qué te apetece?

Recordando a Claudia, sentí un nudo en la garganta.

—Creo que no podría masticar ni un chicle.

—Debes hacerlo, Wayne —aconsejó, grave, Rosanna—. Nos aguarda una tarde sumamente atareada, y te sentirás mejor con el

estómago lleno. Después de comer, llamaremos a Moroni.

—¡Eh!, no querrás escribir el reportaje en veinticuatro horas, ¿no?

—Hay que aprovechar las circunstancias, Wayne. El momento es propicio para presionar a Moroni.

—Sobre todo, teniendo a su gente por ahí, repartiendo plomo a granel.

—No seas pesimista, hombre.

De pronto, reparé en un detalle de la conversación:

—Oye... ¿Has dicho que me cambié de ropa, o me equivoco? Aunque reconozco que estoy hecho una facha, te recuerdo que no tuve tiempo de sacar nada del armario.

Ella me sonrió, lanzándome una mirada por encima del hombro, en tanto se dirigía al baño, con los potingues.

—En mi dormitorio encontrarás prendas masculinas. Son de tu talla, aproximadamente.

Aquello me sentó mal, y no pude evitar torcer los labios, contrariado. Rosanna había desaparecido en el cuarto de baño, y dejé pasar unos segundos, antes de indagar, cauteloso:

¿Pertenecen a tu novio?

No contestó, desde el interior del baño.

—¿El qué?

—Sabes a lo que me refiero —respondí, un tanto huraño—. No es normal que una chica tenga en su armario vestimenta masculina.

Rosanna reapareció en la puerta, riendo abiertamente.

—¿Qué es lo que estás pensando, Wayne?

Yo moví la cabeza en sentido negativo, como un niño pillado en falta. En un tono indiferente, que en realidad estaba muy lejos de sentir, mascullé:

—Me guardaré mucho de sacar conclusiones, nena.

Sin dejar de sonreír, avanzó unos pasos hacia mí.

—Pertenecen a mi hermano Pietro —aclaró, con un brillo de picardía en las pupilas—. Reside en Nápoles, y viene algunas veces a Roma. Para él, resulta más cómodo tener algo de ropa aquí. ¿Satisfecho?

—Que conste que no he pedido explicaciones.

—De acuerdo, Wayne, lo tendré en cuenta. Anda, vete a la ducha y quítate lo que llevas puesto. Da la impresión de que has

estado peleándote con una manada de gatos salvajes. Voy a la cocina, y prepararé algo rápido.

Sin aguardar objeción alguna de mi parte, se encaminó a la cocina. Antes de desaparecer, dijo:

—Mientras comemos, seguiremos hablando.

Me quedé solo en el pequeño saloncito.

Fui al dormitorio de la chica, y busqué en su armario hasta encontrar un traje de fino tejido, que me agradó porque no resultaba llamativo. Pietro debía de ser un hombre de buen gusto en el vestir. También cogí una camisa color crema, haciendo caso omiso de la colección de corbatas. Sentía aversión por ellas.

Bajo el chorro de la ducha, mi imaginación se llenó de Rosanna.

Una muchacha atractiva, viviendo sola en un apartamento coquetón. Y al mismo tiempo, una mujer pletórica de encantos, que me enervaba al hallarse próxima a mí. Pensé que no sería una conquista fácil, a pesar de su aspecto moderno, aunque pudiera resultar el más hermoso triunfo. Pero, cosa extraña, no me inspiraba la atracción solamente física que experimenté hacia otras mujeres.

Me sorprendí al escuchar unos golpecitos en la puerta.

—¿Te falta mucho, Wayne?

Saliendo de mi abstracción, grité:

—Estoy acabando.

Salí al saloncito con el torso desnudo, llevando encima solo los pantalones, que no me caían mal del todo. Ella había preparado sobre la mesa unos huevos revueltos con jamón, de los que se desprendía un grato olorcillo. Debo confesar que no me acordé en absoluto de Claudia. A fin de cuentas, los seres humanos somos así.

Mostrando mi pecho desnudo, comenté:

—Espero que no poseas convencionalismos, Rosanna.

Ella encogió los hombros.

—No te preocupes. Estoy inmunizada contra los supuestos encantos masculinos.

Me pareció advertir un claro reto en sus palabras, y aquello picó mi amor propio. Fue entonces cuando decidí ponerla a prueba, y avancé a su encuentro.

—¿Estás segura?

Rosanna levantó la cabeza, y me miró fijamente. No retrocedió ni un paso, y en sus pupilas observé un brillo extraño. Llegué junto

a ella, y musitó queda:

—¿Qué te propones?

—Voy a besarte, Rosanna.

La chica no dijo nada, y siguió sin moverse del sitio.

Sólo tuve que alargar los brazos y, cogiéndola por la cintura, tiré suavemente de ella, atrayéndola contra mi pecho. Me incliné, besándola largamente en la boca.

Rosanna estuvo fría al principio, tensa y ofreciendo una tenaz resistencia. Pero finalmente, el hielo se fundió, sentí que palpitó entre mis brazos. Entreabrió los labios, y respondió, generosa, a la caricia, pasándome los dedos por la nuca. Tuvo cuidado con mi huevo de paloma, porque no sentí ningún dolor.

Después se apartó unos pasos, y susurró:

—Eres un hombre peligroso, Wayne.

Forcé una sonrisa, contemplando sus mejillas arreboladas, y aprobé, moviendo la cabeza.

—Me lo han dicho en alguna ocasión.

Quise seguir por el camino emprendido, pero Rosanna puso las manos planas sobre mi pecho.

—Se enfría la comida, Wayne.

¿A quién le importaba, en aquellos momentos, la comida? Había probado el néctar de sus labios, y presentí que no podría pasar ya sin su sabor, por el resto de mi vida.

No obstante, nos sentamos y comimos con buen apetito los huevos con jamón. El almuerzo lo hicimos en silencio, a pesar de la promesa de Rosanna de charlar durante él. Todavía no me había explicado lo averiguado en relación a Elio Comencini, si bien era verdad que tampoco yo la atosigué con preguntas.

Me dijo que tenía buenas noticias, respecto a él.

Terminado el almuerzo, se levantó Rosanna y comenzó a recoger los utensilios.

—Puedes llamar a Moroni, Wayne —sugirió—. Encontrarás la guía junto al teléfono. No me hizo ninguna gracia la llamada a don Cesare, como postre. Sin embargo, busqué su número en el listín, y marqué el mismo en el disco giratorio. Transcurrieron unos segundos hasta que al otro lado del hilo se escuchó una voz femenina.

—Aquí la residencia del señor Moroni, ¿qué desea?

—Charlar un rato con él.

Hubo un leve titubeo, y en seguida respondió la voz:

—Me temo que al señor Moroni le será imposible ponerse.

Yo hice chasquear la lengua.

—Te equivocas, guapa. Tan pronto le digas mi nombre, saltará en su asiento, y te quitará el teléfono de las manos. Dile que quiere hablarle un inglés llamado Wayne Burton.

Transcurrió otro silencio, que se alargó esta vez un poco más. Pero no tardó en oírse una voz bronca al otro lado.

Aquí Cesare Moroni, puerco inglés. Dispone de un cuarto de hora para presentarse aquí, con la bolsa.

Intenté hablar lo más tranquilo que me fue posible:

—Oye, Cesare, si te pones farruco tiro la casa por la ventana.

—Eres un cretino, inglés. La ciudad de Roma es como un bolsillo del pantalón para mí. No vas a poder salir a la calle sin que te caigan encima mis hombres.

—Procura dominarte, Cesare —le recomendé, con una risita—. Puedes sufrir un infarto como el pobre Elio. Recuerda que las esmeraldas se encuentran en mi poder, y eso es como si tuviera la sartén por el mango. Si te pones tonto, te arreo un sartenazo. Al otro lado del hilo se escuchó un resoplido. Luego, la voz bronca de Moroni sonó más apaciguada:

—Has pensado en un pacto, ¿eh?

—No, Cesare.

—¿No?

—Hubiera sido posible, antes de que el tipo que enviaste liquidar a Claudia. Ahora me daría asco tratar contigo.

—Ella era una cochina traidora, inglés. Quiso jugármela, en combinación con Elio.

—Y ambos han pagado, ¿eh?

—No del modo que yo deseaba, te lo aseguro. A Comencini le esperaba un comité de recepción en su punto de destino, en el piso de la traidora. Lástima que le fallara el corazón, antes de tiempo.

Yo apreté los maxilares.

—La muerte no tiene importancia para ti, ¿eh, Cesare?

—Escucha, inglés, no voy a seguir perdiendo el tiempo contigo. Te concedo hasta las seis de la tarde para venir voluntariamente y hasta es posible que te recompense. Si a esa hora no tengo las

piedras en mi poder... acude a tomarte medidas a una funeraria.

Dicho esto, se escuchó un chasquido significativo de que la comunicación había sido cortada.

Me quedé mirando el auricular, y Rosanna vino a mi lado.

—¿Qué te ha dicho?

Ahorquillando el teléfono, repliqué:

—Me ha dado ánimos para que siga adelante con el reportaje.

—¿Ha quedado convencido de que tienes las esmeraldas?

—Del todo.

—Eso es muy importante para nuestros planes.

—Y para que lance a su jauría tras mi pista, ¿no? No doy un penique por mi piel, nena. Rosanna puso una mano en mi brazo, y levantó la mirada.

—Wayne...

—Dime.

—Si quieres que lo dejemos...

Moví la cabeza en sentido negativo.

—Ahora ya no podría. Juré que haría pagar a Moroni lo que hizo a la rubia Claudia.

Aunque tenga que tragarme el miedo, como si fuera una purga.

Ella se empinó sobre la punta de los pies, y depositó un beso en mi mejilla.

—El valor consiste en saber dominar el miedo, Wayne.

Yo había sentido el galope de la sangre por mis venas, con el roce de sus labios en mi rostro. Me giré despacio hacia ella, y la abarqué por la cintura.

Me inclinaba sobre sus labios cuando sonó, inoportuno, el carillón de la puerta. Rosanna se desprendió de mis brazos, y acudió a franquear la entrada. Ya con la mano en el pomo, se giró y me lanzó una mirada de arrepentimiento, que me sorprendió. Y también me sorprendieron sus palabras:

—Temo que vas a considerarme una traidora, Wayne.

CAPÍTULO VIII

Rosanna franqueó la entrada, y el fulano que penetró en el apartamento me hizo torcer la cara, profundamente contrariado. Jamás me había sido simpático el corresponsal francés Marc Leblant.

Estaba por los treinta y cinco, lucía perilla de chivo, cabellos rubios y apuesta figura. Avanzó, risueño, mientras la chica cerraba la puerta, y, al llegar frente a mí, inclinó la cabeza en mudo saludo, que me sonó a falso.

—Me alegro de verte, Wayne.

Yo aventé el aire de un manotazo:

—No seas hipócrita, Marc.

—Hay que disimular que somos buenos amigos, hombre —rió, sardónico, el francés—. Sobre todo, estando delante Rosanna.

Me desentendí de Leblant, y lancé una ceñuda mirada a la chica.

—¿Quieres explicarme lo que hace este chivito aquí, nena?

Marc Leblant compuso una mueca desdeñosa.

—Te advertí que sería difícil llegar a un acuerdo con el inglés cabezota, Rosanna. Pertenecer a esa clase de tipos que lo quieren todo para ellos.

—Te hice una pregunta, Rosanna —insistí, hosco, con la italiana—. Espero tu respuesta.

Rosanna levantó los hombros, haciendo un gesto de resignación.

—Yo misma le pedí que viniese, Wayne.

—¿Para qué?

—Puede sernos de gran ayuda.

—¿Cómo? ¿Poniéndose acaso, de parachoques delante de mí, frente a la gente de Moroni?

En eso intervino Marc Leblant, levantando una mano, sonriente.

—¿Me dejas decírtelo, Wayne?

Ni siquiera me molesté en mirarlo.

—La pregunta te la hice a ti, Rosanna. ¿Cómo puede ayudarnos el chivito francés?

Leblant atirantó las facciones repentinamente.

—Los chivitos tienen cuernos, además de barbita, Wayne —recordó, en tono seco—. Deja de aplicarme el calificativo, o la liamos. Mi nombre es Marc, y lo sabes.

Como yo siguiera con la vista clavada en la chica, la italiana volvió a encoger los hombros, displicente.

—Marc te puede responder mejor que yo a la pregunta, Wayne. ¿Qué pierdes escuchándolo?

Estuve unos instantes silencioso, y finalmente me giré al corresponsal parisino, y lo miré fijamente al rostro.

—Vamos, Marc, explícate.

Leblant carraspeó, satisfecho, aclarándose la garganta y, después de soportarme, impertérito, la dura mirada, comenzó a decir despacio, como escogiendo cada palabra, antes de pronunciarla:

—Puedo vanagloriarme de ser una de las personas que más a fondo conoce los *negocios* de Cesare Moroni, Wayne. Es uno de los hombres fuertes de las finanzas italianas y, en algunas ocasiones, he tenido que ocuparme de él, dedicándole especial atención, porque he oído algo sucio en sus trapicheos. Por supuesto que él lo desconoce, puesto que sigo respirando, y estoy aquí con vosotros ahora.

Yo seguí ceñudo.

—También huelo algo sucio en ti, Marc.

—¿Como qué?

—Si colaboras con nosotros, será por algo, ¿no?

El francés dejó escapar una suave risita y, después de mirar brevemente a Rosanna, dijo:

—Por descontado, Wayne. Hoy en día, nadie hace nada gratuitamente. Quiero hacer constar que Rosanna me inspira un profundo amor... todavía no correspondido. Pero mis simpatías hacia ti son idénticas a las que me profesas, a pesar de todo.

—Al grano, Marc.

—Quiero la exclusiva del reportaje para toda Francia.

Apreté los puños, furioso. Antes de contestarle, dirigí una reprobativa mirada a la periodista italiana. Luego repliqué, brusco, a Marc Leblant:

—Lo siento por ti, Marc. Las ramas del manzano ya están demasiado cargadas, y acabarían quebrándose con tu peso. Has perdido el tiempo lastimosamente. Adiós.

Rosanna se adelantó, interfiriendo:

—Espera un momento, Wayne —hizo una breve pausa, y añadió, persuasiva—: De acuerdo, debí consultarte antes de informarle. Pero ¿qué de malo tiene que envíe el reportaje a su periódico de París, si, a cambio, nos presta una gran ayuda?

—Lo tiene todo de malo, Rosanna.

Desde el principio, hablábamos los tres en italiano. Debo confesar que yo era el que peor lo hacía, y por eso intercalaba algunas palabras en mi idioma, de vez en cuando. Sin embargo, Marc Leblant lo hablaba perfectamente, y lo puso una vez más en evidencia al decir:

—No seas ansioso, Wayne. Ben Roberts lo enviará a Nueva York, Rosanna lo explotará en Italia, yo puedo hacer uso de él en Francia. A ti te queda Inglaterra y el resto del mundo. El nombre de Cesare Moroni aparece con frecuencia en todas las revistas importantes, y sacarás una buena tajada por los derechos. ¿Quieres que te dé una prueba de mis conocimientos sobre Moroni?

Permanecí un rato silencioso.

Sospesaba la proposición del francés. Desde luego, el tipo me daba siete patadas en la barriga. Quizá era debido a su insoportable petulancia, a su aparente seguridad en sí mismo. Y también a que se creía irresistible para las mujeres, todo hay que decirlo. Finalmente, accedí:

—Adelante, Marc.

—Elio Comencini era piloto civil. Hacía tres vuelos regulados por semana entre Río de Janeiro y Roma, con las consiguientes escalas. Se trataba de un hombre habituado a gastar más de lo que podía ganar. Últimamente había entablado buena amistad con una tal Claudia Salvini. Ella era su enlace en Brasil, la que le entregaba las piedras para Moroni. Al parecer, cometieron el error de querer estafarlo, y lo han pagado caro. —Comencini murió fortuitamente. Le falló el corazón.

—Porque no tuvo tiempo de caer en manos de la gente de Moroni. De todas formas, no hubiese escapado.

De pronto, arrugué el ceño, extrañado.

—¿Cómo puedes saber que Claudia ha muerto?

—Acaban de transmitirlo por radio, Wayne —sonrió Leblant—. Lo escuché viniendo.

—Entiendo.

El francésladeó la cabeza y entornó los párpados, mirándome.

—¿De veras no tienes tú las esmeraldas, Wayne?

Yo apreté fuertemente los maxilares, y le enseñé el puño cerrado, a escasa distancia del rostro.

—Te voy a romper las narices, francés.

—Calma, calma —pidió Leblant, dando un paso atrás—. Sólo quería estar seguro. —Procura no pasarte, ¿estamos?— mascullé, lleno de furia. —No me haces ninguna gracia.

Rosanna volvió a intervenir:

—Deberíamos portarnos como seres civilizados, chicos, Se trata de aunar nuestros esfuerzos.

Moviendo la cabeza, señalé el teléfono a la periodista.

—Ponte en comunicación con Ben, nena. Ha podido suceder algo, con los palestinos.

Leblant levantó la zurda, conteniéndola.

—No hace falta —dijo—. Todo continúa igual. Lo acaban de emitir por radio, también. —Lo sabes todo, ¿eh, Marc?— farfullé, duramente. —Se puede decir que eres un tío listo.

—Si deseas decirme algo, sin que esté delante Rosanna puedes hacerlo, Wayne —sonrió, dando muestras de seguridad en sí mismo, el francés—. Basta con que se lo pidas, y no hace falta que la envíes al teléfono.

Pude notar los ojos de la chica fijos en mí.

—¿Deseas hablar a solas con Marc, Wayne?

—No —respondí, demasiado categórico—. Lo que ocurre es que me cae gordo este individuo.

—Vamos, Wayne —siguió, risueño, Leblant—. Sé sincero, hombre.

—Está bien —mascullé, mirándolo fijo a los ojos—. Hablaré contigo en otro momento, Marc. De ahora en adelante, formas parte del grupo, y podrás enviar tu reportaje a París. ¿Qué más puedes decirnos, respecto a Moroni y todo el lío?

Marc emitió un leve suspiro. Luego dijo:

—Es evidente que Moroni no ha recibido las esmeraldas, y

tampoco las tenía Claudia Salvini, ¿me equivoco?

—No.

—En ese caso, y descartándote a ti, por supuesto, sólo pueden hallarse en dos partes. O están en poder de la policía, o las tiene la otra amiguita de Elio.

Rosanna y yo cambiamos una mirada, y ella se me adelantó, preguntando:

—¿Qué otra amiguita?

—Una de las azafatas de Comencini. En cierta ocasión, no hace muchos días, pude verlos muy acaramelados en un club nocturno. Sospecho que el capitán Elio Comencini trataba de pegársela a Moroni y a Claudia, al mismo tiempo.

—¿Cómo puedes estar seguro de eso?

—No lo estoy, Wayne. Es pura intuición.

Rosanna tornó a inquirir:

—¿Cómo se llama esa azafata?

Marc encogió los hombros.

—Lo ignoro, aunque no me será muy difícil averiguarlo. Sólo tengo que llegarme a la compañía en la que presta sus servicios. Tengo a un conocido en ella, y me facilitará el nombre.

En mi deseo de acabar cuanto antes aquel asunto, le apremié:

—¿A qué estamos esperando para ir a esa oficina?

El francés sonrió, irónico, y señaló mi torso desnudo.

—A que acabes de vestirte, Wayne. Me figuro que no pensarás ir así por la ciudad.

Minutos después, abandonábamos los tres el apartamento de Rosanna, dispuestos a averiguar el domicilio de la azafata, amiga del hombre del infarto, y llegarnos a presionarla a continuación.

Pero estaba visto que realmente Cesare Moroni era el dueño y señor de Roma.

Tan pronto pisamos la acera, un hombre sujetó del codo a Rosanna, y pareció incrustar algo en la espalda de la chica. Otro sujeto nos miró a Marc y a mí, comentando:

—No querrán que le ocurra nada a la chica, ¿eh, periodistas?

El francés demostró poseer buenos nervios, y emitió una risita apagada, torciendo la boca.

—Podemos despedirnos del reportaje, Wayne. Te presento a Ales Pellico y Aldo Martoglio, los dos mejores *trabajadores* de don

Cesare Moroni.

CAPÍTULO IX

Don Cesare Moroni era un hombre de unos cincuenta y pico de años, de cabellos completamente blancos y rostro afilado. Poseía una mirada penetrante, y la mueca perenne de sus delgados labios denotaba crueldad inequívoca.

Se advertía, en sus ademanes firmes, al hombre habituado a dar órdenes, sin que éstas fuesen discutidas, ni en el más mínimo detalle, por sus subordinados.

Desde el momento en que penetró en la cabaña, situada cerca del mar, a juzgar por el rumor del oleaje que llegaba hasta nosotros, se encaró decididamente conmigo.

—Vamos, Burton, empieza a hablar —ordenó, tajante—. Estoy esperando que me digas el lugar donde escondes las esmeraldas.

Yo le dirigí una ojeada displicente.

—Pues vas aviado, Cesare. No tengo ni la menor idea.

Junto a él se hallaban los dos fulanos que nos habían atrapado a la salida del apartamento de Rosanna. Aldo Martoglio levantó la zurda armada en el aire, dispuesto a golpearme por lo que consideraba una falta de respeto a su jefe.

Tanto Marc, como Rosanna y yo, estábamos sentados en sillas de altos respaldos, con las manos ligadas a la espalda. Por eso cerré los ojos, aguardando, impotente, el culatazo en la boca.

Afortunadamente para mí, Moroni contuvo a su hombre, haciendo un desdeñoso ademán.

—Quieto, Aldo. El inglés acabará cantándonos hasta *La Traviata*. Ya lo verás.

A pesar de la crítica situación en que me hallaba, me sorprendí de tener redaños para bromear:

—Lo siento de veras, Cesare. No me sé la letra.

El poderoso fulano rió bajito.

—No te preocupes, Burton, seguro que la aprenderás.

Hubo una breve pausa, y el cochino francés aprovechó la ocasión para meter baza:

—Yo, de ti, diría la verdad, Wayne.

Ladeé la cabeza, y apreté los maxilares, sintiendo una súbita furia contra el chivito.

—¿Qué verdad, guarro?

—Esta gente habla en serio, Wayne —siguió Marc Leblant—. No se andarán por las ramas.

—¿Y qué, maldita sea? He pregonado por todas partes que no tengo los pedruscos, y es la pura verdad. ¡Al diablo el reportaje!, pero deseo conservar la piel.

—Te estás haciendo un lío, muchacho —reprochó suavemente Moroni—. Por teléfono me dijiste que las esmeraldas se hallaban en tu poder. Incluso hablaste de una sartén.

—Estaba mintiendo como un bellaco, Cesare.

—Ése es el mal, periodista —aseveró Moroni, sacudiendo la cabeza—. No puedo saber en qué momento dices la verdad. Y créeme que siento un enorme interés por conseguir la bolsa que me pertenece. ¿Sabes lo que te ocurrirá, si dejo que Aldo y Ales te metan mano?

Dirigí una ojeada a los dos matones, y asentí:

—Me lo figuro.

—Pues entonces comprenderás que te conviene hablar claro. Y otra cosa... ¿Qué pintan estos dos en el asunto? Acabas de hablar de un reportaje, ¿no?

Durante unos segundos, no supe lo que responder. De nuevo se encargó de tomar la iniciativa Marc Leblant:

—A nosotros nos ha liado el inglés, señor Moroni. Nos habló de la posibilidad de realizar un reportaje, en torno a su importante figura. Precisamente, le estaba diciendo que era sumamente peligroso, cuando fuimos atrapados por sus hombres. Puede dejarnos ir porque no sabemos absolutamente nada de todo lo que se llevan entre manos.

Cesare Moroni le contempló, irónico.

—No te importará si no te hago demasiado caso, ¿eh, francés?

Yo fulminé con la mirada a Leblant. Hubiera dado parte de mi vida por estar libre en aquel instante para volarle algunos dientes. El muy cerdo trataba de escurrir el bulto, a cambio de

traicionarnos. Las palabras se atragantaron en mi garganta, incapaces de brotar coherentes.

Fue Rosanna la que, hablando por primera vez, dijo:

—Lo que dice Marc Leblant no es cierto, señor Moroni. Los tres estamos de acuerdo en esto.

Moroni sonrió con sorna.

—Algo así como un club de prensa, ¿eh, chica?

—Más o menos.

—Pues es una lástima que, siendo compatriota mía, te hayas asociado a esta gentuza.

Te van a traer muchos quebraderos de cabeza, aunque te parezca increíble.

Rosanna negó, moviendo la cabeza.

—No me lo parece, señor Moroni. Lo conozco suficientemente de oídas como para esperar lo peor de usted. Tengo entendido que, bajo su apariencia de hombre honrado, se esconde un individuo de bajos instintos y cobarde personalidad.

Observé que las duras palabras de la chica hacían mella en Cesare Moroni. Su rostro se tornó pálido como la cera, y convirtió los ojos en estrechas rendijas brillantes.

Hablando con fingida calma, preguntó:

—¿Qué esperas que haga, niña?

Rosanna encogió los hombros, indiferente.

—Me tiene sin cuidado.

—¿Esto, acaso?

Y uniendo la acción a la palabra, disparó Moroni la zurda, que palmeó fuertemente la mejilla de la muchacha, en rápida y contundente bofetada. Vi que la cabeza de Rosanna caía a un lado. Sentí que una fría furia invadía todo mi ser.

De pronto, reaccionó inesperadamente Marc Leblant.

Teníamos las manos atadas a la espalda, pero nuestros pies descansaban sueltos en el suelo. Marc se incorporó a medias, y se arrojó, con la cabeza por delante, en dirección a Moroni.

Logró sorprenderlo, y le incrustó la testa en el abdomen, al tiempo que el respaldo de la silla pegaba en el cuello al poderoso romano.

Cesare Moroni rodó por el suelo, boqueando ansioso de llevar aire a sus pulmones.

Pero Marc perdió a su vez el equilibrio, y cayó también junto con la silla.

Entonces saltaron sobre él Martoglio y Pellico, comenzando a propinarle toda clase de golpes y patadas. Se engañaron, sometiéndolo a un duro castigo, sin andarse con contemplaciones.

Cesare Moroni trataba de recuperarse, arrodillado y con las manos en la garganta.

Leblant aguantaba bien el castigo, aunque de vez en cuando se escapaba un quejido de su boca.

Decidí que tenía la obligación de echarle una mano.

Me incorporé a medias como pude, y emprendí una carrerilla, sin poder desprenderme de la silla, atada a mis espaldas. Al llegar al grupo, cargué de costado a Pellico y, llevándomelo por delante hasta la pared del fondo, conseguí estrellarlo en ella.

El italiano imprecó una maldición.

Martoglio seguía machacando a Marc, que, tendido de costado y atado a la silla, nada podía hacer por eludir los tremendos golpes que le aplicaba el cobarde matón.

Algo parecido fue lo que me ocurrió a mí, con Pellico.

Quise girarme para cargar ahora contra el verdugo de Leblant, e incluso llegué a iniciar la carrerilla. Pero, al parecer, Pellico se repuso antes de lo que yo supuse y, aferrando las patas de la silla a la que me hallaba ligado, empujó violentamente.

Me faltaron pies o me sobró suelo, lo que prefieran imaginar.

El caso es que, al no poder acompasar el movimiento de las piernas a la velocidad que imprimió Pellico a mi silla, caí de bruces, dándome con la frente en el suelo.

Y entonces comenzaron a lloverme los golpes.

Tuve la impresión de que me estaba golpeando un pulpo. Era imposible que Pellico tuviese tantos brazos.

Poco a poco, me fui hundiendo en un pozo de tinieblas hasta perder por completo la noción de cuánto me rodeaba.

Abrí los ojos, sin saber el tiempo transcurrido.

Me hallaba sentado y con las manos atadas a la espalda. Exactamente igual que al principio, antes de la escaramuza. Sólo que ahora me dolían todos los huesos, y tenía la impresión de que mi cuerpo había soportado la pasada de una apisonadora, lo mismo que en el anuncio del famoso colchón de muelles.

Giré la cabeza a la izquierda, y pude ver a Marc Leblant con la barbilla hundida en el pecho, desmadejado, inconsciente. Posiblemente, debió llevar la peor parte, en la estéril agresión. Sólo a un tipo idiota como el francés se le ocurre la idea de atacar a unos energúmenos, atado a una silla.

De pronto, escuché la voz de Rosanna a mi derecha:

—¿Cómo te encuentras, Wayne?

—Flotando sobre una nube que va desvaneciéndose. Temo que va desvaneciéndose.

Temo que me pegaré el gran batacazo.

—Sólo será en los primeros instantes. Paulatinamente, te irás sintiendo mejor. —Dios te escuche, nena.

Frente a nosotros estaba sentado, en un butacón, Aldo Martoglio, repasando una revista. Al percatarse de que yo había recuperado el sentido, la dejó a un lado, y se incorporó, viniendo junto a nosotros.

Me apuntó con el índice extendido.

—Escucha bien lo que voy a decirte, inglés. Don Cesare ha tenido que salir a solventar un asunto urgente. Regresará dentro de un par de horas como máximo y, cuando esté de vuelta, quiero conocer el paradero de la bolsa, ¿me comprendes?

A Ales Pellico no se le veía por ninguna parte.

Rosanna pareció adivinar mis pensamientos, e informó:

—Pellico no se ha ido, Wayne. Está en el exterior, vigilando.

—Ya.

Martoglio me atrapó del hombro y me zarandeó, haciendo que los huevos con jamón estuvieran a punto de salir por mi boca. Todavía estaba medio *groggy*.

—Te di un consejo, inglés —repitió Martoglio—. O nos dices el lugar donde guardas el pan duro, o nos ponemos a jugar a las candelitas. ¿Puedes hacerte una idea del juego?

—Me quemarás la planta de los pies, ¿eh, Aldo?

—Veo que eres un chico listo.

—Pero sólo lograréis que chille como un endemoniado. No puedo deciros lo que ignoro.

El canalla se pasó la lengua por los labios, y se puso a mirarme con aire socarrón.

—Eres un tío de agallas, ¿eh?

—Lo que soy es un imbécil, por haberme metido en esto. En Fiumicino, junto a los palestinos secuestradores, estaría de maravillas. Con una jarra de cerveza en la mano, y aguardando acontecimientos.

—No te salgas por la tangente, Burton —me aconsejó, frío, Martoglio—. Será mejor que digas en seguida el lugar donde guardas las esmeraldas. Si no lo has hecho para cuando vuelva don Cesare...

—Lo siento, chico, no puedo.

En aquel preciso instante, se abrió la puerta de la estancia y penetró en ella Ales Pellico. Martoglio le lanzó una mirada llena de furia, y espetó:

—¿Qué haces aquí? Se supone que deberías estar fuera, vigilando.

Entonces Pellico fue violentamente empujado a un lado de la entrada, y en el hueco apareció una persona.

No pude reprimir el grito de júbilo y sorpresa, que brotó en mi garganta:

—¡Ben!

CAPÍTULO X

La lógica sorpresa fue debida a la inesperada aparición de mi amigo, el yanqui Ben Roberts, en la entrada de la cabaña. Y la parte jubilosa de mi exclamación se debió a observar que en la zurda empuñaba la pistola de Pellico.

Aldo Martoglio era un tipo habituado a toda clase de contratiempos, y su reacción fue inmediata.

Se arrojó al suelo con inusitada rapidez, al tiempo que llevaba la mano a la axila.

Sus intenciones eran inequívocas, y rogué por qué no consiguiera sorprender a Ben.

Mi amigo apretó el gatillo, y del cañón de la pistola brotó un cárdeno fogonazo.

Aldo Martoglio siguió rodando por el suelo, pero ya tenía un boquete en el costado, por el que se le estaba escapando la vida a borbotones. Todavía quiso levantar su arma y disparar, pero un segundo balazo de Roberts le deshizo la parte superior de la cabeza.

Perneó varias veces, y se quedó muy quieto, tendido de lado.

Ales Pellico levantó las manos, queriendo tocar el techo con la punta de los dedos.

Al girarse Ben hacia él, y encañonarlo, su rostro palideció intensamente.

—No... dispare —bisbiseó.

Roberts compuso una mueca.

—No lo haré, siempre que te conviertas en estatua.

—Ni siquiera pestañearé.

—Al contrario —dijo Ben, indicándonos con la pistola—. Vas a moverte con mucho tiento, y desatarás a mis amigos. Pero sin hacer cosas raras, ¿me comprendes?

—No se preocupe.

—El que debe preocuparse eres tú.

Ales Pellico vino en primer lugar a mi lado, y procedió a desatarme, sin hacer el menor movimiento sospechoso. Luego se dirigió a Rosanna, y empezó también a desligar sus manos.

Yo me froté las muñecas, y me aproximé a Marc. Lo fui desatando, estremando los cuidados para que no cayera, ya que continuaba desvanecido. Ben lo había mirado con extrañeza, un momento antes, y ahora me preguntó:

—¿Qué hace éste aquí?

—Es una larga historia, Ben. Te la explicaremos mientras escapamos de aquí. Los disparos han podido ser escuchados por los alrededores.

—Lo dudo —respondió Ben—. Esta cabaña se encuentra en un descampado, junto al mar. No he visto ninguna edificación, en varios kilómetros a la redonda.

—Ahora que pienso... tú también deberías encontrarte en Fiumicino, en vez de estar aquí.

—Pero ¿a qué te alegras de verme?, ¿eh?

—Te diré...

—Es otra larga historia. Te la contaré cuando nos larguemos. Vamos, hay que salir de aquí.

Yo señalé a Pellico.

—Primero tenemos que dejar al fulano convertido en una salchicha, Ben. Yo me encargo de eso, Rosanna...

—Sí, Wayne.

—Sujeta al francés, mientras ato al italiano. Esto parece una reunión internacional, ¿no?

Rosanna sostuvo a Marc contra el respaldo, mientras yo obligaba a tenderse de bruces a Pellico. Utilizando las mismas cuerdas que sirvieron para nosotros, até sus piernas y luego le inmovilicé los brazos a la espalda. No podría soltarse, por sus propios medios.

A continuación, sacamos a Leblant de la cabaña, entre Ben y yo.

Fuera, había un auto que debía pertenecer a los dos fulanos, y nos introdujimos en su interior. A Marc lo colocamos en la parte posterior, en compañía de Rosanna. Ben ocupó el volante, y yo me instalé a su lado.

Tuvo razón el yanqui, al decir que aquel paraje estaba solitario. No se veía ni el menor vestigio de civilización, por los contornos. Seguro que la cabaña era el refugio de Moroni, cuando deseaba

aislarse del mundanal ruido.

Ben puso el vehículo en movimiento y, después de rodar unos cinco minutos por un sendero de pésimo suelo terrizo, llegamos a una estrecha carretera secundaria.

Entre Rosanna y yo explicamos a Roberts la participación de Leblant en el asunto, y el norteamericano se limitó a encoger los hombros y comentar, indiferente:

—Si lo creéis necesario...

—Yo me estoy cansando del juego —dije, torciendo el gesto—. Moroni y su gente no se andan por las ramas.

—Ahora no puedes retroceder, Wayne —me replicó, grave, Roberts—. Hemos ido demasiado lejos. Incluso hay muertos.

—Pero yo no me he cargado a nadie.

Ben desvió la vista de la carretera, y me dirigió una fugaz mirada rencorosa.

—Eres un desgraciado, Wayne —acusó, furioso—. Encima que te he sacado del apuro...

—Ahora me lo dices —le corté yo—. ¿No deberías hallarte en el aeropuerto?

Ben dejó pasar unos instantes, y luego explicó:

—Los palestinos han dado un plazo de seis horas a las autoridades. No ocurrirá nada de particular en ese tiempo, y decidí reunirme con vosotros, por si había algo de nuevo. Fui a tu apartamento, y pude ver que todo estaba lleno de policías. Entonces me llegué al de Rosanna, y lo hice justo a tiempo de ver cómo os sorprendían los dos agentes de Moroni. Me puse a seguiros y, ya cerca de la cabaña, os perdí el rastro. Estuve indagando por los entornos hasta que pude ver a Pellico, junto a la entrada. No me resultó difícil sorprenderlo, porque el fulano estaba demasiado confiado.

Después de las palabras de Ben, se hizo un intervalo silencioso.

El auto entró por uno de los accesos a la autopista que conducía a Roma. Rodábamos por ella a buena velocidad, cuando Marc Leblant comenzó a removerse, y a emitir gruñidos ininteligibles.

Rosanna le pasaba un pañuelo humedecido en colonia, por el rostro, cuidando de no hacerle demasiado daño en los múltiples hematomas. A mí también me dolía todo el cuerpo, pero me hallaba en mejores condiciones que el francés. Leblant abrió, de pronto, los

ojos, y miró, perplejo, a la chica.

—¿Dónde... estoy?

—Hemos escapado de Moroni, Marc, serénate —lo informó Rosanna.

—Te encuentras entre gente de paz, francés —comenté yo, girándome en el asiento—. Puedes estarte tranquilo.

Leblant clavó en mí una vehemente mirada.

—Mi idea no era traicionarte, Wayne —musitó trabajosamente—. Solo... pretendía ganarme la confianza de Moroni para...

Di un manotazo al aire.

—Olvidalo, Marc. No te guardo rencor, hombre.

—Tienes que creerme, Wayne.

—Te creo, te creo —repetí, moviendo la cabeza—. Anda, échate un sueñecito y verás cómo te sienta bien.

No tuve que decírselo dos veces.

Apoyó la cabeza en el hombro de la muchacha, y se hundió de nuevo en un profundo letargo. Manteniendo la velocidad, y sin apartar la mirada de la calzada, dijo Ben:

—Le dieron una buena paliza, ¿eh?

—Fue un insensato. Le constaba que tenía las de perder, y cargó contra Moroni, como un toro ciego.

—¿Cómo es que os dejó Moroni?

—Al parecer, le salió una emergencia. Esos fulanos tan importantes no tienen un instante de respiro. Según Martoglio, iba a volver para solventar el asunto, de una forma u otra. Sigue empeñado en que las esmeraldas están en mi poder.

Ben frunció el ceño.

—¿Esmeraldas?

—Eso es lo que, al parecer, contiene la bolsita que llevaba Comencini. Moroni se dedica al contrabando de piedras preciosas, y Elio trabajaba para él. Montó un tinglado para traicionarlo, en compañía de una chica llamada Claudia Salvini, a la que, por lo visto, también iba a engañar.

Ben Roberts dejó escapar un suspiro.

—¿Por qué no me lo explicas con calma, Wayne? Me estoy perdiendo, con tanto embrollo.

A mí me dolía el labio al hablar, ya que lo tenía algo hinchado. Por eso pedí a Rosanna:

—Hazlo tú, nena.

La periodista italiana le puso al corriente, en breves palabras. Cuando acabó, se pasó el yanqui la zurda por el mentón, comentando:

—De modo que la policía se encontraba en tu apartamento, sacando a la tal Claudia y al otro.

—Seguro.

—Pues estás metido en un lío, Wayne.

—¿Ahora te das cuenta, Ben?

En eso comenzó a dar señales de vida el francés, de nuevo. Esta vez dio la impresión de encontrarse mejor que la anterior y, retirando la cabeza del hombro de Rosanna nos miró largamente.

Después de unos segundos, dijo:

—Vamos al centro, Ben. Tengo que ver a un amigo.

Comprendí que su cerebro comenzaba a funcionar de nuevo con normalidad. No obstante chasquéé la lengua, denegando:

—No estás en condiciones de ver a nadie, Marc.

—¿Qué hora es?

Consulté el reloj.

—Las siete y cuarto de la tarde.

—Mi amigo ha dejado el trabajo hace unos tres cuartos de hora. Estará en su domicilio, y puedo verlo allí.

Insistió en ello, a pesar de nuestras objeciones, y facilitó una dirección a Ben Roberts.

El yanqui acabó por encoger los hombros.

—De todas formas, hay pocos sitios a los que podamos ir, Wayne. Si en verdad Marc se encuentra bien...

—Estoy hecho cisco, y hasta la perilla me pesa como si fuera de plomo —confesó Leblant—. Pero estamos metidos en un asunto que nos concierne a todos, y tengo que colaborar.

A pesar de todo, quise saber:

—¿Es de confianza tu amigo?

—Imagínate —compuso Marc una horrible mueca, que quiso ser sonrisa—. Está casado con mi hermana.

Minutos después, detuvo Ben el coche ante el edificio que le indicó el francés. Éste descendió del coche, y se tambaleó ligeramente, al poner los pies en la acera.

—¿Te acompaño, chivito? —ofrecí, risueño.

Marc negó en su lenta cabezada y, con pasos cada vez más firmes, se dirigió a la entrada del inmueble. Lo vimos desaparecer por la entrada, y Roberts bajó del vehículo. Yo lo imité, y ambos nos dedicamos a vigilar los alrededores, en previsión de otra desagradable sorpresa.

Por indicación mía, Rosanna siguió en el interior.

La calle se hallaba bastante concurrida de transeúntes, pero no pudimos advertir ademanes agresivos en ninguno de ellos. Todos caminaban de prisa, en dirección a sus casas.

Marc tardó unos diez minutos en reaparecer.

Se advertía que se hallaba más recuperado, después de haber metido la cabeza bajo el chorro de agua fría. También era posible que su hermana le hubiera dispensado algunos cuidados.

Se introdujo en el coche, y nosotros le imitamos.

Ben lo puso otra vez en marcha.

—No me querían dejar salir —informó Marc—. No me importa que mi hermana esté casada con un italiano porque se trata de un tipo extraordinario.

—Después nos cuentas las cualidades de la familia, Marc —le interrumpí, impaciente—. ¿Has conseguido averiguar algo positivo?

—Todo —sonrió él—. Mi cuñado es un archivo viviente.

—¿Y qué?

—La azafata amiga del difunto Elio Comencini se llama Carla Petrassi.

—¿Sabe su dirección?

—Número 36 de la vía Barberini.

Toqué con el codo a Roberts.

—Ya has escuchado dónde pueden estar las esmeraldas, Ben —dije—. Vamos a buscarlas.

CAPÍTULO XI

Ben Roberts me miró, haciendo un gesto.

—¿A qué esperas para llamar, Wayne?

Yo me pasé la mano por los cabellos.

—Espero que la chica viva sola, Ben —dije con aire dubitativo—. ¿Te imaginas que salga a abrir su padre, o su madre? La cosa se complicaría de forma...

—Vamos, Wayne —me interrumpió el yanqui—. ¿Acaso no conoces a las jóvenes de hoy? Predican y practican la libertad absoluta de la mujer. En cuanto tienen edad suficiente, vuelan solas. Si es verdad que era la amiguita de Comencini, no tendrá compañía.

Las palabras convencidas de Ben me decidieron, y pulsé el timbre situado a la derecha del marco.

Nos hallábamos los dos frente a la puerta marcada con el número ocho, del inmueble ubicado en la vía Barberini, donde, según el francés, vivía la azafata Carla Petrassi.

Marc no estaba para trotes y, aunque a regañadientes, había accedido a quedarse en el coche, acompañando a Rosanna. Les dijimos que vigilaran para evitar sorpresas desagradables.

De pronto, se abrió la puerta de la vivienda, y apareció ante nosotros una guapa chica, de ojos azules y espléndida figura.

—¿Qué desean? —inquirió, mirándonos con recelo.

Ben se me adelantó, y preguntó a su vez, en tono tranquilo:

—¿Es usted Carla Petrassi?

La chica nos miró más atentamente, y acabó dejando escapar un breve suspiro, levantando los hombros.

—Son ustedes de la policía, ¿no?

Yo me dispuse a decir que se equivocaba, pero Ben demostró tener más cara que espaldas, y el muy bandido asintió lentamente con la cabeza, al tiempo que decía:

—Lo ha adivinado, ¿eh?

La chica se hizo a un lado, dejándonos entrar. Mientras pasábamos junto a ella, informó:

—No podía ser de otra forma. Precisamente, le estaba diciendo a Carla que debíamos entregarles la bolsa a ustedes. Me llamo Eleonora Fracci, y comparto el piso con ella.

Nos hizo entrar al salón, y allí vimos a una muchacha también joven, que se levantaba de un sillón, al vernos aparecer. Lo mismo que Eleonora, se trataba de una bonita joven, de larga melena lacia.

—Ésta es mi amiga Carla —presentó Eleonora—. Trabajamos en la misma compañía, y estábamos dispuestas a ir esta misma noche a entregarles la dichosa bolsita.

Yo pude observar las pálidas facciones de Carla Petrassi, y dejé que el yanqui carota hablara.

Ben carraspeó, sacudiendo la cabeza.

—Debieron acudir antes a nosotros, señoritas.

Una de las razones por las que yo prefería guardar silencio era por mi mal italiano. Un policía con acento extranjero despertaría recelo en las azafatas. En cambio, Ben lo hablaba perfectamente.

—Hasta hace una media hora, no descubrimos el contenido de la bolsita —se apresuró a explicar Eleonora, adelantándose a su amiga—. Le fue entregada por un amigo, en custodia.

—Ese amigo se llamaba Elio Comencini, ¿verdad?

Ben miraba a Carla Petrassi, y ésta movió la cabeza lentamente, en sentido afirmativo. Me estaba produciendo lástima aquella chica abatida, desvalida, y al parecer llena de remordimientos. Comencé a pensar en Ben como en un ser desnaturalizado.

No obstante, el bellaco siguió imperturbable en su papel:

—¿Dónde tienen las esmeraldas?

Carla se dirigió a una mesita y, de un pequeño cajón, sacó una bolsita de cuero. Vino otra vez a nuestro lado, y la tendió a Roberts, diciendo con voz titubeante:

—Lo... que ha dicho Eleonora es verdad. Pensábamos ir a... visitarles esta misma noche.

Se le notaba, visiblemente, que estaba mintiendo. Su compañera había demostrado poseer más temple que ella.

Roberts cogió la bolsita en sus manos y, abriéndola, esparció el contenido en la zurda. Seis piedras verdes cayeron en el cuenco de la mano, y no pude reprimir un silbido de admiración. Aquello valía

un buen puñado de billetes.

El yanqui las volvió a introducir en la bolsita y, cerrándola tranquilamente con la tirilla de cuero, la guardó, el muy bandido, en el bolsillo de su americana. Se había metido por completo en el papel de policía.

A continuación, levantó la mirada a las chicas.

—¿Están seguras de que no se ha perdido ninguna?

—Eran seis, inspector —aseguró Carla, con énfasis—. No me hubiera atrevido a quedarme ninguna.

—Eso espero, por el bien de ustedes —masculló Ben. Hizo una pausa, y añadió—: Se dan cuenta de que tendrán que venir a prestar declaración, ¿no?

—Lo suponemos —dijo, con gran paciencia, Eleonora—. Estaremos listas para acompañarles, en unos minutos.

Yo maldije en mi fuero interno al maldito yanqui lioso. ¿Adónde íbamos a llevar a las dos chicas? Decidí seguir guardando silencio porque desconocía el plan que seguramente estaría ideando Ben.

Eleonora se dirigió, resuelta, a una puerta que debía conducir al dormitorio. Ya se encontraba bajo el dintel cuando, de repente, pareció acordarse de algo. Girándose a nosotros, dijo:

—¡Eh, ustedes no se han identificado! ¿Es cierto que son de la policía, realmente?

Ben la miró a los ojos.

—¿Qué le hace suponer lo contrario?

La muchacha levantó los hombros una vez más y, con entonación indiferente, adujo:

—Lo normal es mostrar el carnet, cuando se entra en un domicilio privado. O por lo menos, la clásica galleta que llevan detrás de la solapa. Ustedes no han hecho ninguna de las dos cosas.

Roberts convino con ella:

—No, no lo hemos hecho.

—¿Les importa hacerlo ahora?

—No podemos.

—¿Por qué?

—Sencillamente, porque no pertenecemos a la policía, encanto. Usted se lo dijo todo, señorita Fracci.

La azafata desistió de entrar en la habitación, y desanduvo el camino, represando a nuestro lado. Levantó la cabeza y, con cierto

temor en la voz, preguntó:

—Son gente de Cesare Moroni, ¿me equivoco?

Ben le enseñó los dientes, sonriente.

—Pues sí, Eleonora, se ha vuelto a equivocar. En realidad, somos periodistas, a la caza de un reportaje sensacional. Este de las esmeraldas puede serlo.

Carla Petrassi estaba lívida de miedo y, con voz apenas audible, preguntó:

—¿No son gente de Moroni, en realidad?

—Puedes estar tranquila, Carla —intervine yo, hablando por primera vez—. Como ha dicho Ben, pertenecemos a la prensa.

Las dos muchachas parecieron respirar, aliviadas.

Y de pronto, respingué, sobresaltado.

Pensé en presentar una queja al Gobierno italiano sobre las empresas constructoras. No había derecho que pusieran unas puertas tan frágiles en las viviendas.

Porque la puerta del piso de las azafatas acababa de abrirse, y vi avanzar en dirección a nosotros a don Cesare Moroni, acompañado de Ales Pellico y otro sujeto.

Los acompañantes del potentado empuñaban pistolas, provistas de silenciador.

A Moroni no le hacía ninguna falta.

Pensé igualmente en pasarle factura al chivito francés, por el buen trabajo realizado en la vigilancia encomendada.

Y apreté los maxilares, furioso, cuando Cesare Moroni avanzó, y explicó, risueño:

—Marc Leblant ha demostrado ser juicioso, al avisarme de que estaban aquí, amigos. Eso le proporcionará una buena recompensa, y mi eterno agradecimiento.

Ben no tuvo tiempo de sacar la pistola que conservaba en el bolsillo, y me miró pidiendo:

—Prométeme una cosa, Wayne. Si uno de los dos queda vivo, tiene que retorcerle el cuello al asqueroso francés. Por chivato.

Yo asentí, torvo:

—Te lo juro, Ben.

CAPÍTULO XII

Nos quedamos encerrados en el piso de las muchachas, muy en contra de nuestra voluntad.

Don Cesare Moroni siguió avanzando hacia nosotros, con un aire melifluido que no engañaba ni a un bebé de dos añitos. A su lado caminaba Ales Pellico, que observaba, con fría cólera, a Ben. Por su mente estarían pasando pésimas ideas, en relación con el yanqui.

El tercer sujeto se entretuvo en dejar la puerta convenientemente cerrada, pero acudió, presuroso, al otro flanco de su jefe. Tenía una nariz ganchuda, con un quiste del tamaño de una aceituna junto a una de las fosas nasales.

Moroni comentó blandamente:

—Qué pequeño es el mundo, ¿eh? —Hizo una breve pausa y agregó—: Cada vez que te veo con personas distintas, inglés. ¿Acaso no te decides por una amistad duradera?

Confieso que el miedo me atenazaba por completo. Y sin embargo, respondí con extraña serenidad:

—Soy muy exigente con las personas que trato, Cesare. Ahora mismo me entran náuseas, al veros.

—Lo comprendo, hombre, lo comprendo —afirmó, moviendo la cabeza, Moroni. Acto seguido, miró a Pellico y ordenó, suave—: Dile que se equivoca en el trato, Ales.

Pellico se hallaba lo suficiente cerca como para levantar súbitamente la rodilla y clavarla alevosamente en mi bajo vientre. Como es natural, empecé a revolearme por el suelo, dando saltos con las manos en la entrepierna, y le recordé a Pellico toda su familia.

Moroni chascó la lengua, reprochando:

—Te dije que se lo dijeras, Ales, no que se lo demostraras. Me has interpretado mal.

A Pellico le brillaron los ojos, clavados, codiciosos, en Ben.

—¿Me deja demostrárselo también al otro, don Cesare?

—El otro no ha despegado los labios todavía. Ales.

—Para cuando lo haga soltando pestes. Eso llevaremos de adelanto, don Cesare.

—No seas impetuoso, Ales —reprendió, suave, Moroni—. A toda persona se le debe dar una oportunidad. A lo mejor, al periodista norteamericano se le ocurre presentar una denuncia en su Embajada, por malos tratos. Ya sabes lo poderosos que son.

Ben no alteró ni un músculo del rostro, al decir, despectivo:

—Su hombre me odia porque le zurré junto a la cabaña, Moroni. Lástima que se perdiera su demostración de lo macho que es. Ayudó una barbaridad al pobre Aldo Martoglio.

El rostro de Pellico palideció de cólera.

Moroni negó en lenta cabezada.

—Te equivocas, si crees que voy a reprenderlo públicamente, yanqui. Has errado la táctica. Supongo que, ya que te encuentras en compañía del inglés, estás enterado del asunto, ¿no?

—¿Qué asunto?

Cesare Moroni movió la cabeza, fingiendo un profundo sentimiento de pesadumbre.

—Te supuse más inteligente que el inglés, yanqui.

—A lo mejor resulta que lo soy.

—Pues entonces, sabes a lo que me refiero.

Yo empezaba a levantarme con muchas dificultades, una vez pasado el primer dolor intenso, lacerante. Dirigí a Pellico una mirada preñada de odio, y mascullé:

—No te pongas a mi alcance, bastardo.

No obstante, fui yo quien procuró alejarse unos pasos de él. Al escucharme, se había puesto en movimiento hacia mí, y tuvo que cortarlo Moroni, haciendo un ademán.

—Déjalo, que tiene que hablar, Ales.

Aún tuve valor de bravuconear:

—Vas listo, Cesare.

El poderoso hombre de negocios de Roma me dirigió una mirada de incredulidad.

—¿Por qué te empeñas en acabar mal, inglés? ¿No te das cuenta de que no me dejas otro camino? Te advierto que no estoy dispuesto a perder el tiempo como en la cabaña de la playa.

Como viera que yo apreté los labios, sin responder, posó la vista en la esfera de su reloj, y dijo a Pellico:

—Voy a darle medio minuto a Burton para que diga dónde esconde las esmeraldas, Ales. Cuando te haga una seña, le disparas a la cabeza, sin contemplaciones.

Pellico levantó la pistola, provista de silenciador, y apuntó cuidadosamente a mi rostro, con una expresión de regocijo y crueldad.

Un sudor frío comenzó a empaparme el cuerpo.

Podía leer en la mirada del asesino a sueldo de Moroni que estaba dispuesto a disparar sobre mí. Supuse que el plazo estaba próximo a expirar, y las piernas me temblaron. Pensé en que ora ridículo morir de aquella forma, y observé que Moroni levantaba la zurda en el aire, dispuesto a bajarla después del medio minuto exactamente.

Mis pulmones se llenaron de aire, cuando escuché decir a Ben:

—Las tengo yo, Moroni.

El italiano se giró a mi amigo, y Roberts añadió:

—¿Puedo introducir la mano en el bolsillo para sacar la bolsa?

—No te muevas, yanqui —advirtió, grave, Moroni. A continuación hizo una seña al otro esbirro—. Saca tú la bolsa del bolsillo de Roberts, Ugo. Con mucho cuidado.

El fulano del quiste junto a las fosas nasales se aproximó a Roberts, adoptando precauciones, y extrajo la bolsita de la americana de éste, y la llevó a su jefe.

Moroni la abrió, volcando el contenido en la zurda, mientras sus hombres nos vigilaban.

Observé que sus ojos adquirían un brillo verdoso, parecido al de las piedras. Sonrió ampliamente unos segundos, sin dejar de mirarlas, y finalmente las introdujo de nuevo en la bolsa.

Luego levantó los ojos, y pareció reparar, por primera vez, en las dos chicas, que durante todo el tiempo habían permanecido como ausentes, asustadas realmente.

—¿Cuál de vosotras era la amiguita de Elio, nenas?

Carla fue a decir algo, pero yo me adelanté a ella:

—Deja en paz a las chicas, Cesare. Ya tienes lo que buscabas y os podéis largar a tomar viento.

Moroni me miró, comentando, irónico:

—¿Te has convertido, de pronto, en paladín de doncellas, Burton? Supones que todavía te encuentras en el medioevo, ¿eh?

—Mi compañero tiene razón, Moroni —intervino, apoyándome Ben—. Por una vez, ha perdido la prensa. No podremos escribir nada contra usted, puesto que carecemos de pruebas.

—¿Sí, eh?

—Las esmeraldas están en su poder.

Cesare Moroni nos miró largamente a los dos, y después, explicó en tono bajo, suave:

—¿Sabéis cuántas personas han dado su vida, por conseguir unas piedras como éstas, chicos? Son tantas, que sería imposible contarlas. Por eso estoy pensando que engrosar la lista con cuatro nuevos nombres no tiene la menor importancia.

Ben achicó los ojos.

—¿Piensa matamos?

—Deberías dedicarte al oficio de adivino, yanqui.

—¿Y a las chicas?

Me estremecí porque la mirada vacua que dedicó Moroni a las muchachas no dejaba resquicio a la duda, respecto a la suerte que correrían. En varias ocasiones, había leído, en las revistas, reportajes de color de rosa, en relación al millonario y filántropo Cesare Moroni. El hombre encantador de las fiestas de sociedad y de los casinos.

Me juré no creer, en adelante, lo que dijeran las revistas sobre las personas importantes. Podría resultar superficial, como en el caso de Cesare Moroni.

Carla Petrassi se adelantó un paso, pálida como una muerta.

—Yo era amiga de Elio Comencini, señor Moroni —dijo, con entereza—. Mi amiga nada tiene que ver con esto.

Moroni chascó la lengua.

—¿Me crees un estúpido, nena? Por descontado que voy a quitarte las ganas de ayudar a Elio en su traición. Pero también me encargaré de tu amiga porque ha escuchado demasiado.

Eleonora miró con infinito desprecio a don Cesare.

—No le tengo miedo, Moroni. Puede matarnos ahora, pero, un día, el peso de la justicia caerá sobre usted. Todos sus crímenes no van a quedar impunes.

—¿No?

—Más tarde o más pronto, acabarán atrapándolo, canalla.

—Esto no es un melodrama, nena.

No pude por menos que admirar la valentía de Eleonora. Con las pupilas inusitadamente brillantes, aseguró:

—La justicia caerá sobre ti, Moroni.

—¿Cuándo? —Se chanceó éste.

—Ahora mismo.

La voz sonó por detrás de Ben y de mí. Pellico se revolvió como una centella, y nos escrutó el semblante.

—¿Cuál de vosotros habló?

Ben y yo respondimos al mismo tiempo.

—Yo no he sido.

—Ni yo tampoco.

En una de las puertas interiores de la vivienda apareció un hombre de baja estatura, empuñando una pistola que casi abultaba tanto como su propio brazo.

—Vamos —pidió, convirtiéndose en nuestro héroe salvador—. Dejen caer las armas al suelo.

Pero Ugo, el del quiste junto a la nariz, que por estar vigilándonos en aquellos instantes fue el primero en descubrirlo, no obedeció la orden del pequeñajo.

En lugar de eso, terminó de girarse, abriendo fuego.

CAPÍTULO XIII

El pequeñajo surgido del interior de la vivienda, saltó en el aire como un conejo, y eludió por décimas de segundo el balazo que le había destinado Ugo.

A continuación demostró manejar la pistola como un verdadero diablo, y abrió fuego contra Ugo.

El resultado fue una limpia operación de quiste, ya que éste desapareció por completo del rostro de Ugo. Lo malo para el pistolero fue que el proyectil también se le llevó, la nariz y le descompuso totalmente la cara.

Pero Ugo no se preocupó en absoluto.

Los muertos no tienen por qué preocuparse de nada.

Ales Pellico ya estaba demostrando el enorme valor que atesoraba y, después de olvidarse por completo de su arma, trataba de arañar el techo con las uñas.

El rostro de Cesare Moroni era todo un poema. Lívido, desencajado, no cesaba de mirar al pequeñajo recién llegado.

El hombrecillo movió la pistola y me dijo:

—Abra la puerta, señor Burton. Soy el inspector Rosso, de la policía secreta italiana.

Al pasar junto a las dos chicas, observé que tenían el rostro del color de la leche, y los labios apretados. Franqueé la entrada, y respingué al ver frente a la puerta a un grupo de varias personas.

Entre ellas, se hallaban Rosanna y Marc Leblant.

También se encontraba el comisario Paolo Gobetti, que los precedió a todos, encarándose al poderoso Cesare Moroni, con una expresión satisfecha en el rostro.

—Esta vez no tiene escapatoria, Moroni. Siempre dije que era cuestión de paciencia.

—No cante victoria todavía, Gobetti. Es posible que se lleve una desagradable sorpresa.

—Lo dudo, Moroni —sacudió la cabeza Gobetti—. Voy a darle el caso tan chupado a los jueces, que sus leguleyos no podrán ni siquiera abrir la boca para defenderlo. El contrabando de piedras preciosas está muy castigado por la ley.

Moroni sonrió, dueño de sí mismo.

—Hace falta que pueda demostrarlo, Gobetti.

El comisario se aproximó entonces a Carla Petrassi y, cogiéndola amablemente del codo, la situó frente a Moroni.

—En primer lugar, quiero darle las gracias por su colaboración, señorita Petrassi. Ahora... ¿quiere decir a Moroni el contenido de la declaración, firmada por Elio Comencini, que usted nos entregó?

—No tengo inconveniente, comisario —sonrió, con cierta timidez, la muchacha—. En la carta decía Elio que llevaba años trabajando para Cesare Moroni, en el contrabando de piedras preciosas. Daba toda clase de detalles...

Cesare Moroni ya no la escuchaba.

Había palidecido visiblemente y, cuando los dos agentes lo sujetaron para llevárselo de allí, era un hombre completamente abatido. Toda su arrogancia y seguridad se habían desvanecido.

Los únicos sorprendidos por lo que estaba pasando en la estancia éramos Ben, Eleonora y yo. Los demás parecían saber exactamente lo que ocurría. Sin poder contenerme por más tiempo, aferré a Rosanna de un brazo, y me la llevé aparte.

—¡Oye, nena...! ¿Qué tal, si me das una explicación?

Ben acudió a nuestro lado, y pudo escuchar las palabras que empezó a decir Rosanna:

—Bueno..., ocurre que practico el pluriempleo. Además de ser periodista, colaboro con la policía, formando parte de un cuerpo especial al saber lo de las esmeraldas, tuve que informar a mis jefes, y éstos comenzaron a moverse. Marc, cuyo verdadero nombre no viene a cuento, no es corresponsal, sino inspector de la policía. Fue designado para que nos acompañase. Lo curioso es que el caso estuvo a punto de fallar, porque perdieron nuestra pista, cuando nos llevaban a la cabaña de la playa. Se les cruzó un camión.

Gobetti vino junto a nosotros.

—Por suerte, acudió usted a salvarlos, Ben —se dirigió a Roberts—. Con anterioridad, habíamos descubierto la participación de Carla Petrassi en el caso. La chica no sabía exactamente los

propósitos de su prometido y, cuando la pusimos al corriente, decidió colaborar con nosotros. Ella es, a todas luces, inocente. Nos entregó un sobre cerrado que le dio Comencini, por si le ocurría algo irreparable. El piloto debió temer la represalia de Moroni, sin sospechar que la muerte le aguardaba agazapada bajo un infarto de miocardio.

Eleonora miraba, reprobativa, a su amiga, y dijo Gobetti:

—No debe reprochar nada a Carla, muchacha. Nosotros le ordenamos que no dijese nada, ni siquiera a usted.

—El resto es sencillo —intervino, ahora, el falso Marc Leblant—. Después de que entrarais en el piso, telefoneé a Moroni, ofreciéndole la información a cambio de una recompensa. Luego, sólo necesitamos descolgar a mi colega Rosso desde el piso superior, e introducirlo por una ventana para que aguardase, agazapado, el momento de intervenir. En cuanto a Claudia Salvini, la mujer de la que se valió Comencini, haciéndole creer que huirían juntos... nada pudimos hacer por ella.

Tras las palabras del falso corresponsal francés, un largo silencio cayó sobre nosotros.

Finalmente, levanté los hombros, resignado, y emití un suspiro.

—Total, que de reportaje sensacionalista nada, ¿eh?

—¿Quién ha dicho eso? —se apresuró a aclarar Leblant—. Ben y tú habéis sido los verdaderos artífices del caso, y tenéis perfecto derecho a escribir sobre ello. Además... dadas las circunstancias, te cedo los derechos en Francia.

El chivito empezó a caerme bien, por vez primera, desde que lo conocí en una rueda de prensa.

Rosanna me miraba, sonriente, y explicó:

—Por cierto; los palestinos han emprendido vuelo a Siria, después de dejar en libertad a los rehenes. Ha ocurrido hace unos veinte minutos.

Tanto Ben como yo pensamos automáticamente en nuestros respectivos jefes.

Gobetti extrajo unos folios mecanografiados del bolsillo, y me los tendió, risueño.

—Aquí tienen lo sucedido con los palestinos, minuto a minuto —dijo—. Si se dan prisa, pueden transmitir sus crónicas a tiempo.

CAPÍTULO XIV

Era la una y pico de la madrugada.

En la barra del club de prensa de la ciudad romana, nos hallábamos Ben, Marc y yo, tomando unas copas, en franca camaradería, antes de retirarnos al bien ganado descanso. Previamente, el yanqui y yo habíamos transmitido nuestras crónicas a Nueva York y Londres.

Tom Hoban se sorprendió mucho cuando le pedí que me reservara la primera página del matutino que saldría a la calle, al día siguiente. Quiso hacerme un sinfín de preguntas, pero me limité a decirle que estaría en Londres aquella misma noche. Antes de colgar el auricular, pude escuchar una sarta de maldiciones.

Marc Leblant me sacó de mi abstracción, preguntando:

—Oye, Wayne... ¿por qué motivo deseabas hablarme a solas, cuando me presenté en el apartamento de Rosanna?

—¿Cómo dices?

—Sí, hombre, recuerda que intentaste alejarla para hablarme a solas.

—¡Ah, ya! —exclamé, sonriente—. Deseaba saber el tipo de relación que os unía, para darte o no participación en el negocio.

Marc arqueó las cejas.

—¿Celos?

—En aquellos momentos, sí.

El inspector de policía italiano, bajo piel de corresponsal francés, emitió una risita.

—¿Ya no sientes curiosidad por saberlo?

Levanté los hombros, con total indiferencia.

—Me tiene sin cuidado. Al parecer, fue una sensación pasajera. Aunque reconozco que la chica es simpática y tiene atractivos, no es mi tipo.

—De todas formas, voy a informarte, Wayne —insistió Leblant

—. Rosanna y yo nos casaremos en fecha próxima. Desde ahora, estáis invitados a la boda.

—No me digas.

En eso intervino el yanqui, levantando la diestra:

—Un momento, Marc. Ignoro si Rosanna te ha dado palabra de matrimonio, pero es algo que averiguaré mañana, tan pronto me levante. Por si no lo sabes, yo también quiero a la chica, y creo que tengo posibilidades con ella.

Marc soltó un gruñido de contrariedad.

—Mira, Ben, quítate eso de la cabeza. Rosanna se convertirá en mi esposa, aunque te pese.

Roberts lo miró, centelleantes las pupilas.

—Eso lo vamos a ver, Marc.

—De acuerdo, Ben, te convencerás mañana por la mañana. Si quieres, podemos ir ambos a verla.

Yo me llevé la mano a los labios, bostezando.

—Si vais a discutir sobre algo que no me concierne, me voy a dormir. La verdad es que estoy reventado, chicos.

Los dejé en la barra, enfrascados en la discusión sobre cuál de los dos se iba a casar con Rosanna.

Después de la tercera llamada, abrió Rosanna la puerta.

Vestía una bata de fino tejido, que transparentaba gran parte de su armonioso cuerpo. Con el cabello un tanto revuelto, e incluso sin maquillaje, estaba preciosa.

—Wayne...

—En efecto, nena, soy yo —dije empujándola por los hombros al interior del apartamento—. Y he venido a buscarte, porque nuestro avión sale de Fiumicino dentro de cuarenta y cinco minutos.

Ella parpadeó, asombrada.

—Debo seguir dormida.

La aferré por la cintura, besándola con fuerza en los labios.

—¿Te ha despertado eso?

Rosanna me miró con los ojos muy abiertos.

—Debe ser de madrugada, Wayne.

—La hora más propicia para una declaración formal de amor, Rosanna. El orden de los factores no altera el producto. Podemos iniciar el viaje de novios esta misma noche, y casarnos mañana, en Londres. Claro que si prefieres al chivito o al yanqui...

La chica seguía perpleja.

—No acabo de comprenderte.

—Durante el día, te encuentro como un cromo, nena. Pero de madrugada, Rosanna, eres la mujer de mis sueños. La que siempre soñé como compañera de mi vida. —Wayne...

—¿Sí?

—¿Puedo estar segura de tu amor?

—Completamente, mi vida. Claro que si quieres que rompa tu billete y vuele sólo a Londres...

Ella no me dejó terminar.

Me echó los brazos al cuello y, por la forma en que me besó, no tuve dudas de que vendría conmigo.

Con una sonrisa diabólica en mis labios, pensé en la sorpresa que se iban a llevar Ben Roberts y Marc Leblant.

FIN

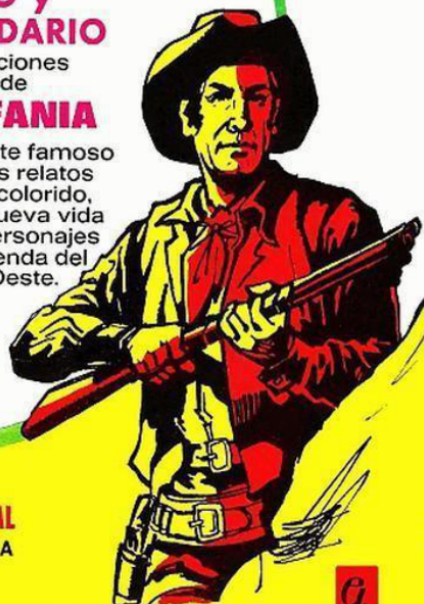
DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.

